

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



EL CARRUSELL

Edición de Juan Antonio Ríos Carratalá

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “El carrusell”:
Juan Antonio Ríos Carratalá.

EL CARRUSELL
COMEDIA EN DOS ACTOS Y SIETE CUADROS

Esta comedia se estrenó la noche del 4 de diciembre de 1964 en el Teatro Lara de Madrid, con el siguiente REPARTO:¹

<i>Rita</i>	AMELIA DE LA TORRE
<i>Maribel</i>	ANA MARÍA VIDAL
<i>Lolín</i>	MARÍA DEL CARMEN YEPES
<i>Mónica</i>	MARÍA JESÚS LARA
<i>Daniel</i>	ENRIQUE DIOSDADO
<i>Tomy</i>	MANUEL GALIANA
<i>Ramonín</i>	RAFAEL GUERRERO
<i>El Comisario</i>	VICENTE ARIÑO

Ilustraciones musicales de Manuel Parada
Decorados: Eduardo Torre de la Fuente
Dirección: Enrique Diosdado

Todas las escenas se desarrollan en este mismo interior, tan burgués y tan confortable. Los cuadros se suceden unos a otros, mediante el juego de luces que se indicará, renunciando, por tanto, al uso del telón, excepto, como es natural, al término del primer acto y al final de la comedia. En el caso de que las instalaciones del teatro no permitan tal procedimiento, el telón deberá subir y bajar siempre en medio de la más absoluta oscuridad.

Estamos en el piso ático de una casa de lujo. El decorado representa el vestíbulo y el cuarto de estar.

El cuarto de estar ocupa casi toda la superficie del escenario. Es una pieza muy confortable. Los muebles, los cuadros, las lámparas y muchas cosas bonitas, encantadoramente útiles, son de un exquisito gusto. Se diría que todo

¹ La comedia se mantuvo en cartel en el teatro Lara desde el 4 de diciembre de 1964 hasta el 7 de febrero de 1965, con un total de ciento veinte representaciones. En Barcelona, fue estrenada por la misma compañía en el teatro Calderón el 10 de marzo de 1965 y alcanzó las treinta y nueve representaciones hasta el 29 del mismo mes. *El carrusell* fue representada en más de cuarenta localidades del resto de España. En vez del castellano «carrusel», adoptamos la ortografía afrancesada con doble «ll» por ser la que empleó Ruiz Iriarte.

está seleccionado por el rigor y el arte de un buen decorador profesional. A la derecha, una gran pared de cristales, con puertas dobles en el centro, separa el salón de una espaciosa terraza. La terraza está cuajada de plantas verdes y la cristalera velada por unas vaporosas cortinillas blancas. Una puerta en primer término a la derecha –siempre lados del público– y una más, en segundo término a la izquierda. En primer término de este lateral, un arco que da paso al vestíbulo. Una entrada al fondo. Un suntuoso sofá. Unos sillones. Una mesita, delante del sofá, atiborrada de libros y revistas.

El vestíbulo, a la izquierda, es una pieza que, como se ha dicho, comunica con el cuarto de estar por medio de una embocadura diáfana. La puerta de la escalera está a la izquierda, frente al arco. Y en la pared del fondo se inicia un pasillo, que lleva a las distintas habitaciones del piso.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Es de día. Un piano próximo inicia una suave melodía. En escena no hay nadie cuando se levanta el telón. Unos segundos después, la puerta de la escalera se abre sola, como movida por una mano invisible. Y al poco tiempo, en el umbral surge el Comisario. Un hombre de avanzada edad, casi un viejecito. Menudo, delgado, tiene una sonrisa luminosa. Viste de oscuro, con desaliño, y sus cabellos blancos están un poco en desorden. Muy despacio, cruza el vestíbulo y entra en el cuarto de estar. El Comisario espera con el sombrero entre las manos. Y, por el fondo, aparece Daniel. Un hombre de excelente aspecto. Tendrá, seguramente, alrededor de los cincuenta años. Pero representa menos.² Él y el Comisario se miran un instante en silencio. El Comisario, como siempre, sonrío. Calla el piano.

COMISARIO.—Buenos días, señor.

2 En el Prólogo a *Teatro selecto de Víctor Ruiz Iriarte*, el comediógrafo aporta más información acerca de su protagonista: «En 1939 era espantosamente pobre. Pero en 1964 [...] hace años que es poderoso, rico e importante [...] Pero con todo eso [...] Daniel Sandoval se siente a ratos desgraciado. ¿Por qué? ¡Ay! Él lo sabe. Porque el tiempo le ha pervertido sin piedad, escandalosamente. Porque de aquel mozo limpio, romántico, soñador, impetuoso y alegre que fue en 1939 ya no queda nada en este hombre encanecido. Porque Daniel Sandoval piensa que ha dado mucho para recibir muy poco [...] *El carrusell* es, en resumen, el drama –pese a su intencionada envoltura de farsa– que provoca el fracaso humano de Daniel Sandoval. El sordo y patético estallido de su terrible equivocación».

DANIEL.—Buenos días...

COMISARIO.—¡Je! Verá usted. He recibido una llamada. Pero era una llamada un poco apremiante y, con la precipitación, no sé, no sé si me habré equivocado de puerta. ¿Es aquí?

DANIEL.—Sí, señor comisario. Aquí es. Le he llamado yo...

COMISARIO.—¡Ah! Entonces...

DANIEL.—¿Quiere sentarse, señor comisario?

COMISARIO.—Naturalmente... (*Se sientan. El Comisario mira en torno, evidentemente satisfecho*) ¡Oiga! Tiene usted una bonita casa, ¿eh? ¿Qué representa ese cuadro?

DANIEL.—No lo sé.

COMISARIO.—Pero ¿le gusta?

DANIEL.—No.

COMISARIO.—(*Muy complacido*) Vaya...

DANIEL.—¡Señor comisario! Permítame, ante todo, que me presente. Me llamo Daniel de Sandoval...

COMISARIO.—Encantado. Pero ¿no nos hemos visto en algún lugar antes de ahora? Yo juraría que usted no me resulta un desconocido.

DANIEL.—No recuerdo...

COMISARIO.—Bien, bien, no importa. Adelante, señor Sandoval. ¿A qué debo el placer de su llamada?

DANIEL.—¡Señor comisario! Tengo que hacer una declaración...

COMISARIO.—¡Hola! ¿Una declaración?

DANIEL.—Sí.

COMISARIO.—¿Por qué?

DANIEL.—Porque necesito encontrar un culpable...

COMISARIO.—¡Ah! (*Un silencio*) ¿Tiene usted alguna sospecha?

DANIEL.—Sí, señor comisario...

COMISARIO.—¿De quién sospecha usted?

DANIEL.—De mí mismo. (*Otro silencio*) Verá usted. Todo ocurrió hace un año... (*En este momento, la puerta de la escalera, que ha permanecido abierta después de la entrada del Comisario, se cierra sola y produce un pequeño portazo. Daniel vuelve la cabeza*) ¿Qué ha sido eso?

COMISARIO.—El viento, quizá. (*Sonriendo*) Continúe, señor Sandoval...

(Otra vez, al piano, comienza a oírse la misma melodía. Y las luces descienden lentamente hasta llegar al

OSCURO

CUADRO SEGUNDO

Cuando vuelven las luces, muy despacio, como se fueron, es de noche. Pantallas encendidas. La terraza está envuelta en el resplandor azul de la luna. En escena, sentado en el sofá, solo, leyendo un periódico de la noche, se halla Daniel. Y se oye, dentro, la voz de Rita.

RITA.—*(Dentro)* ¡Daniel!

DANIEL.—*(Distraído)* ¿Qué?

RITA.—*(Dentro)* ¿Qué música es esa?

DANIEL.—¿No lo sabes? La vecina, que toca el piano...

RITA.—*(Dentro)* ¡Jesús! ¡Qué pelma es esa chica! Un día me quejaré.

DANIEL.—¿Por qué? Resulta muy agradable... *(Una pausa. Calla el piano. Daniel, un poco impaciente, se vuelve hacia la puerta de la izquierda)* Rita, por favor, ¿quieres acabar de arreglarte de una vez? Si no te apresuras, llegaremos tarde...

RITA.—*(Dentro)* Ya voy, cariño, ya voy. Un minuto nada más.

DANIEL.—Hum...

(Daniel vuelve a su periódico. Una pausa. Y por la puerta de la izquierda aparece Rita. Es una mujer todavía muy atractiva, en el mejor momento de su fragante madurez. Lleva en la mano un espejito. Habla, casi siempre, con una irremediable volubilidad)

RITA.—¿Dicen algo de interés los periódicos?

DANIEL.—¡Pchs! El Inter ha vencido al Manchester... Pierdo una cena.

RITA.—¡Qué tonto! Siempre pierdes...

DANIEL.—Esta mañana ha bajado la Bolsa...

RITA.—¿Sí? ¡Qué bien!

DANIEL.—Y parece que hay crisis de Gobierno...

RITA.—¿Tan pronto?

(Daniel alza los ojos, la mira y suspira profundamente)

DANIEL.—Rita...

RITA.—¿Qué, cariño?

DANIEL.—Date prisa, te lo suplico. Estamos invitados a cenar...

RITA.—Pero si ya estoy lista...

DANIEL.—Hum...

(*Él continúa leyendo*)

RITA.—Te advierto que estoy molida. Me duele todo, todo. Hoy ha sido para mí un día terrible. ¡Figúrate! Por la mañana, una tómbola. Claro que, eso sí, las niñas pobres estaban monísimas, llenas de lacitos azules por todas partes; las monjitas, unas santitas, y el obispo, un encanto de hombre. Pero, hijito, después, a mediodía, ese horrible almuerzo... (*Se calla. Y de pronto*) ¡Daniel! ¿Dónde hemos almorzado hoy?

DANIEL.—¡Qué pregunta! ¿Ya no te acuerdas? En El Parador, con los americanos...

RITA.—¡Quia! Eso fue ayer...

DANIEL.—¡No! Ayer comimos en el campo.

RITA.—Estás fatal, querido. Lo del campo fue el miércoles. Lo recuerdo muy bien... Me constipé.

DANIEL.—¡Calla! Tienes razón. Pero, en fin, yo juraría que hoy hemos almorzado con los americanos...

RITA.—¡Qué lata! ¿No crees?

DANIEL.—Mujer...

RITA.—Bueno. Después de todo, peor fue lo de esta tarde. ¡Calcula! ¡Un té a beneficio de los suburbios! ¡Jesús! ¡Qué pesada se pone la duquesa con los suburbios! ¡Si dicen que ya no quedan! Pero, hijo mío, está visto que la aristocracia no sabe prescindir de los pobres... Por cierto, allí estaba Lina Mendoza. ¿Conoces? Esa estrella de cine tan, tan, tan española, pobrecita. Nos presentó la duquesa, y enseguida nos hicimos muy amigas. ¡Ay! Esa chica es muy desgraciada, Daniel. Pero muy desgraciada. Me ha hecho muchas confidencias, ¿sabes? Resulta que la infeliz lleva tres años acostándose con Enrique Cifuentes. Y ahora, cuando la chiquita empezaba a hacerse ilusiones, y con razón, creo yo, ahora, Enrique, que es un fresco, ya se sabe, porque antes era un escritor muy del régimen y, de la noche a la mañana, se ha hecho de la oposición, va, la deja plantada y se dispone a casarse, aunque dice que ya está casado en Méjico o así con una viuda de San Sebastián. Teresa Renovales, ¿la recuerdas? La conocimos en Zarauz, cuando nos presentaron a los belgas. Una aristócrata, eso sí, nadie lo niega. Pero, hijito, una aristócrata rarísima: ni le gusta el folklore, ni tiene casa en Marbella, ni es amiga de Picasso³... Una pena. Lina, claro, la pobrecita, está furiosa. Y con razón. Porque, lo que ella dice: si es por política, yo soy tan

3 Guñños de actualidad, algo arbitrarios, para caracterizar el comportamiento frívolo de algunas aristócratas españolas del momento.

monárquica como la Renovales y, además, estoy de guapa como para parar un tren. Claro que la infeliz tiene una idea muy modesta del ferrocarril. Pero, en fin...

(Daniel abandona la lectura del periódico y mira en torno, como buscando algo)

DANIEL.—¡Rita!

RITA.—¿Qué, amor mío?

DANIEL.—Por curiosidad: ¿dónde están los chicos?

RITA.—¿Los chicos? Me pareció que hace un momento andaban por aquí. Pero ¡ay!, eso, con seguridad, no se sabe nunca. Estos hijos nuestros son de una independencia salvaje. Entran, salen, vuelven a entrar y vuelven a salir. Pero ¿de dónde vienen? ¿Adónde van? ¿Qué piensan? Un misterio. Tomy, como es tan intelectual, nunca dice nada. ¡Vaya! Y menos mal que ya no lleva barba. Estaba horrible el pobrecito. De Ramonín, no hablemos. Un bohemio. De pronto se va, desaparece... Y más vale así, porque, la verdad, es que cuando se queda en casa y empieza a hacer pintura abstracta, lo pone todo perdido.⁴ Maribel, ya se sabe, a todas horas con la pandilla. En el bar, en la «boite» y haciendo locuras con el seiscientos.⁵ Un día se romperá la cabeza y tendré que darle un cachete. Y con Lolín, la pequeña, tampoco se puede contar demasiado, porque como tiene tantísima imaginación, se pasa el tiempo viviendo fantasías. ¡Oh! ¡Qué hijos! Y cuidado que yo les predico, y les predico como un misionero. Me gustaría que me oyeras cuando les hablo del hogar y de la familia cristiana y de todo lo demás. Porque sí, hijito, porque yo soy así. Porque me gusta el orden. Porque soy un madraza, ea. Bueno, pues todo es inútil. ¡Ay! Esta juventud⁶... *(Se va, muy presurosa, por donde vino. Daniel, solo, enciende un cigarrillo. Y al instante vuelve a oírse la voz de Rita, dentro)* ¡Daniel!

DANIEL.—Sí...

4 Según García Ruiz, entre los hijos de la familia Sandoval, Ramonín es quien tiene mayor relieve como tipo de cierta juventud española de los años del desarrollo económico. Es el joven antiburgués, intelectual, con inquietudes, pero insustancial e inmaduro. Ruiz Iriarte satiriza en él los aspectos sociales que refleja con especial énfasis en la parodia de determinadas formas de teatro contestatario y esquematizado (*Victor Ruiz Iriarte: análisis semióticos* 164).

5 Se refiere al popular vehículo SEAT 600.

6 El parlamento de Rita, en realidad, no va dirigido a su marido, sino a un público que por este medio queda informado de algunos rasgos de los hijos del matrimonio, al mismo tiempo que con humor se subraya la frivolidad de la madre.

RITA.—*(Dentro)* ¿Tú crees que lo de esta noche será divertido?

DANIEL.—¿Por qué no? En esa embajada saben hacer muy bien las cosas.

RITA.—*(Dentro)* ¿A quién habrán invitado?

DANIEL.—Me figuro que, sobre poco más o menos, a la gente de siempre. Algún personaje oficial, la condesa, los Santoja, nosotros; qué sé yo...

(Surge de nuevo Rita en escena. Ya despojada de su bata, aparece elegantísimamente vestida, se cubre los hombros desnudos con unas bonitas pieles)

RITA.—Y, naturalmente, también estará Rosa Fornell...

DANIEL.—Casi seguro...

RITA.—¡Daniel! Me gustaría saber por qué, desde hace una temporada, nos encontramos con Rosa Fornell en todas partes...

DANIEL.—Es muy sencillo, toda la buena sociedad invita a Rosa Fornell. Y se comprende. Rosa es simpática, elegante, divertida; cuenta las cosas con muchísima gracia...

RITA.—Bueno. Pero es una golfa...

DANIEL.—Mujer...

RITA.—Y lo sabe todo el mundo...

DANIEL.—Rita, Rita...

RITA.—Curioso, ¿no crees?

DANIEL.—¡Oh! Eres implacable...

RITA.—¡Daniel! ¡No la defiendas!

DANIEL.—Pero si no la defiendo...

RITA.—Claro que si lo que pasa es que te gusta esa fresca, puedes decírmelo. En confianza.

DANIEL.—¡No! ¡Qué ocurrencia!

RITA.—Por el marido no te preocupes. Siempre está en Logroño...

DANIEL.—¡Rita! Te digo que no y no. ¡Ea!

RITA.—Bueno. No sé por qué voy a creerte. A ti te gustan todas.

(A partir de este momento el diálogo se hace más vivo y acalorado. Es una verdadera discusión. Ya están los dos en el vestíbulo, en dirección a la puerta de la escalera)

DANIEL.—Pero, Rita, sé razonable. ¿Tú crees que este es un buen momento para hacer una escena de celos?

RITA.—¡Jesús! ¿Quién habla de celos? Pero si yo no soy celosa...

DANIEL.—¡Ah! ¿No?

RITA.—¡No!

DANIEL.—Bueno. Eso...

RITA.—¡Nada! Pero nada, nada...

DANIEL.—¡Rita! ¡Rita!

RITA.—De veras, cariño. Lo único que me preocupa en esta ocasión es tu prestigio...

(Daniel ha abierto la puerta de la escalera. Salen los dos. La escena queda en soledad. Comienza a oírse el piano, que repite la misma melodía durante unos pocos segundos. Y las luces descienden hasta llegar al)

OSCURO

CUADRO TERCERO

Cuando vuelven las luces es de día otra vez. En escena se hallan Daniel y el Comisario.

DANIEL.—Bueno... Mi mujer y yo siempre discutimos. Aquella escena de aquella noche fue una escena como tantas otras. Pero, en fin, cuando llegamos a las puertas de la embajada, Rita, que tiene una fantástica capacidad de recuperación, estaba dispuesta a pasar una gran noche. Allí mismo, en el vestíbulo, nos encontramos con Rosa Fornell. ¡Je! Tengo que reconocer que, por entonces, Rosa se dedicaba a despertar los celos de mi mujer. No sé por qué. Bueno, en realidad, sí lo sé. Es su eterno juego. Todo el mundo tiene un juego. Mi mujer, naturalmente, juega a lo contrario. Pero también juega. Es la vida. *(Se vuelve ligeramente hacia el Comisario, que le escucha en silencio)* Sí, sí, ya sé, ya sé señor comisario, ya sé lo que está usted pensando. Todos nosotros somos muy frívolos. Bien. Acepto el reproche. Pero ¿es que podemos ser de otro modo? Esta frivolidad se ha impuesto en nuestras vidas poco a poco, de un modo insensible, casi, casi sin que nosotros mismos nos diéramos cuenta. Antes todo era distinto. ¡Oh! ¡Si usted nos hubiera conocido en otros tiempos, cuando mi mujer y yo éramos unos muchachos recién casados, jóvenes, alegres, locamente enamorados el uno del otro! Éramos muy ambiciosos. ¡Pero nuestra ambición eran tan noble y tan pura! Cada uno de nosotros soñaba para el otro lo mejor, lo más hermoso que la vida puede

dar. Después, con el tiempo, esa ambición romántica, tan generosa, llena de renunciamiento, degenera. Y uno ya no lucha por una mujer. Lucha por sí mismo. ¡Oh, no! Ni siquiera eso. Se lucha por la misma voluptuosidad de la lucha, que es como una amante irresistible y exigente. ¡Señor comisario! La vida nos ofrece todos los días un espectáculo asombroso. Figúrese usted: un hombre, plantado en medio de todos los demás, pelea como un loco, dispuesto a aniquilar o a ser aniquilado. Cuando ese hombre fracasa, el espectáculo es grotesco, porque todos le pisotean y su pobre soberbia se arrastra por los suelos. Pero cuando ese hombre triunfa y se convierte en un dominador, el espectáculo tiene toda la grandeza de una tragedia antigua. Yo he sido uno de esos valientes. Yo he triunfado. Yo he ganado el éxito, la fortuna, el poder. *(Una pausa. Sonríe como para sí mismo)* Pero, claro, en ese combate se pierden tantas cosas! ¿Es por eso, por todo lo que se pierde, señor comisario, por lo que mi mujer y yo estamos envueltos en esa frivolidad? Entonces, ¿es que la frivolidad es el resumen de muchos desencantos y de muchas desilusiones? ¿Es que la frivolidad es la pérdida de la esperanza? ¿Es que la frivolidad llega cuando hemos perdido la fe? Porque ¿en qué podemos creer nosotros, los que sabemos que casi todo se compra y casi todo se vende, porque tantas cosas hemos comprado y tantas cosas hemos vendido? Si todo eso es así, la frivolidad es como un suicidio y el mundo está lleno de muertos... *(Se calla. Desvía la mirada, suavemente sonrojado)* ¡Je! Es curioso. Hablo y hablo. Digo cosas sin sentido. Pero todavía no le he dicho la verdadera razón de mi llamada...

(El Comisario le mira y sonríe)

COMISARIO.—No importa. Yo nunca tengo prisa...

DANIEL.—¡Señor comisario! No le ocultaré nada. Le diré lo que sé por mí mismo y lo que pude comprender después, cuando todo era irremediable. Y usted juzgará. La verdad es, señor comisario, que todo ha sido como un juego al que nos habíamos entregado todos, casi, casi sin saber que jugábamos...

(Se calla. El piano repite su melodía. Mientras el Comisario sonríe, las luces comienzan a descender)

OSCURO

CUADRO CUARTO

Vuelven las luces. Es de noche. En seguida deja de oírse el piano. En escena aparecen Tomy, Maribel, Lolín y Mónica. Tomy es un chico muy joven –quizá no ha cumplido los veinte años–, con un inconfundible aire de estudioso que, zambullido en el sofá, lee, con un fantástico interés, un libro que tiene entre las manos, indiferente por completo a todo lo que le rodea. Maribel, una muchacha encantadora, tumbada sobre la alfombra, junto a la mesita, habla por teléfono: parece muy dichosa. A la izquierda Lolín –una adolescente– y Mónica –una doncella de la casa, joven y bonita– discuten vivamente.

MÓNICA.—¡No, señorita Lolín! Le digo que no y no...

LOLÍN.—(*Severísima*) ¡Mónica! ¡Mónica!

MÓNICA.—Pero, señorita, si es que yo no quiero aprender el francés... De veras.

LOLÍN.—¡Ay, qué rica! Eso es muy cómodo. Pero la cultura tiene que llegar a todos los sectores sociales...

MÓNICA.—¿Es obligatorio?

LOLÍN.—¡A ver! Por patriotismo...

MÓNICA.—¡Huy!

LOLÍN.—Hala, hala. Siéntate ahí.

MÓNICA.—¡Ay, madre mía!

(Mónica, apuradísima, se sienta en un sillón a la izquierda. Lolín se arrodilla sobre la alfombra, a sus pies)

LOLÍN.—¡Calla! Verás que fácil es... (*De un bolsillo saca un pequeño librito, que abre. Lee con un impecable acento*) «Entre les pattes d'un lion, / un rat sortit de terre assez à l'étourdie./ Le roi des animaux, en cette occasion, / montra ce qu'il était et lui laissa la vie...» (*Transición, muy benévola*) Bonito, ¿no crees? Ingenuo, claro, cosa antigua. Pero bonito. Es de La Fontaine.⁷

MÓNICA.—¡Ah, ya!

LOLÍN.—¿Te gusta La Fontaine?

MÓNICA.—¡Uf!

LOLÍN.—Me alegro. Bueno, pues ahora lo lees tú en francés y luego lo traduces al castellano...

MÓNICA.—¿Quién? ¿Yo?

7 Lolín lee unos versos de la fábula *Le lion et le rat* de Jean de la Fontaine (1621-1695).

LOLÍN.—¡A ver!

MÓNICA.—(*Aterrada*) ¡Quia!

LOLÍN.—¡Mónica! ¡No seas rebelde!

MÓNICA.—¡Señorita Lolín! ¡No me lo pida usted!

LOLÍN.—¡Qué terca eres, monina! Llevo cerca de un mes enseñándote francés y lo único que sabes decir a estas alturas es hotel, café, papá y mamá...

MÓNICA.—Pero, señorita, si es que no tengo afición⁸...

LOLÍN.—(*Muy severa*) Hala, hala, perezosa. ¡A estudiar!

MÓNICA.—¡Ay, Virgen!

LOLÍN.—Mira, lo mejor será que volvamos a repasar los verbos...

MÓNICA.—(*Asustadísima*) ¡No! Los verbos no...

LOLÍN.—¡Qué egoísta eres!

MÓNICA.—¡Ay!

LOLÍN.—Escucha: «Je suis. Tu es. Il est. Nous sommes. Vous êtes. Ils sont...».

(Mónica, llena de apuro, cierra los ojos)

MÓNICA.—Sé sui...

LOLÍN.—¡Ay! ¡Qué acento! Sigue...

(De pronto, Maribel, al teléfono, grita con toda su alma)

MARIBEL.—¡Sí, amor mío! Te quiero, te quiero, te quiero...

(Por el fondo, impetuosamente, surge Ramonín. Es un muchacho algo mayor que Tomy. Se planta en el centro del escenario casi de un salto, y recita, como dirigiéndose a un auditorio imaginario)

RAMONÍN.—«¡Oh, lá, lá!» ¡La ciudad! ¡Mírela! ¡Ahí está! ¿Qué ve? ¿Una choza? ¡Señor mío! No es una choza... Es un rascacielos, todo de cristal. Tiene cien pisos y una torre. De noche el rascacielos se bambolea y hace bum-bum-bum. ¿Cómo? ¿Qué dice de la choza? ¡Buen hombre! La choza se la llevó un prestidigitador. Pero si usted ve ahí la choza es que es usted un soñador anticuado y peligroso. ¡Guardias! Metan en prisión a este señor... (*Un desplante, muy ufano. Luego, con mucha naturalidad, se vuelve a Tomy, que le mira con la boca abierta*) ¿Has oído?

8 La réplica de la doncella evidencia de nuevo la frecuente influencia de Carlos Arniches en el humor teatral de Ruiz Iriarte.

TOMY.—Hombre...

RAMONÍN.—Profundo, ¿eh?

TOMY.—Mucho, mucho...

RAMONÍN.—(*Encantado*) ¡Ah! ¡El teatro moderno! Ideas, inquietudes, lo social, la tremolina... (*Entra de nuevo en situación y recita como antes, para un público inexistente*) Cru, cru, cru. ¡Oh, la muchedumbre! Chisteras, paraguas rojos, paraguas azules, sombreros con pompón. ¡Alto! ¿Quién vive? ¡Oh, mírela! ¡Ahí está! Es madame Fix, con su boa... ¡Kikirikí!⁹

(Y en pleno trance, con un salto de ballet, desaparece por la puerta de la derecha. Tomy suspira. Deja el libro que tenía entre las manos y toma otro de la mesita. Mientras, Maribel, que no se ha enterado de nada, sigue hablando, gozosa y apasionada, por teléfono)

MARIBEL.—¡Sí! ¡Te lo juro! Para siempre, para siempre, para siempre...

(Entre tanto, al otro lado, Lolín, también indiferente a todo lo demás, continúa, implacable, su enseñanza)

LOLÍN.—Mais non, ma petite. Ecoutez-moi: «la table, le tableau, le bateau» y «s'il vous plaît...».

(Mónica se yergue y se pone en pie)

MÓNICA.—¡No! ¡Se acabó!

LOLÍN.—(*Extrañadísima*) ¿Cómo?

MÓNICA.—¡Señorita! ¡No quiero saber nada de francés!

LOLÍN.—(*Indignada*) ¡Mónica!

MÓNICA.—¡No! ¡He dicho que no y no! ¡Ea!

LOLÍN.—¡Mónica! Ven aquí...

MÓNICA.—¡No!

⁹ Es obvio el significado metateatral y paródico del parlamento escrito por un Ruiz Iriarte alejado del teatro vanguardista de la época y que, con esta caracterización, conseguiría el asentimiento de un público igual de alejado del modelo encarnado por madame Fix con su boa.

(Mónica, sin atender los perentorios requerimientos de Lolín, entra en el vestíbulo y desaparece por el pasillo. Lolín la sigue, pero antes de salir se vuelve un instante hacia Tomy)

LOLÍN.—¿Tú has visto, Tomy?

TOMY.—¡Je!

LOLÍN.—¡Qué indómita es esta chica! Ninguna se me ha resistido tanto.

(Sale siguiendo los pasos de la doncella. Maribel, al teléfono habla ahora muy bajito, muy emocionada)

MARIBEL.—Sí, mi vida. Muchos, muchísimos besos...

(Cuelga muy despacito. Sonríe. Sus ojos se encuentran con Tomy. Pero no le ve. Todavía cabalga sobre una nube maravillosa. Un silencio)

TOMY.—*(Muy amable)* Buenas noches, Maribel. Soy tu hermano Tomy. ¿Me recuerdas?

MARIBEL.—*(Descendiendo)* ¡Ah! ¿Estabas ahí...?

TOMY.—¡Je! Pues sí...

MARIBEL.—¿Qué lees?

TOMY.—La Biblia. ¿Conoces?

MARIBEL.—No sé. ¡Lee una tanto...!

(Corre muy ligerita y entra en la terraza. Tomy, solo, mueve la cabeza filosóficamente y cambia de libro. Por el pasillo, muy enfurruñada, viene Lolín, que cruza el vestíbulo y entra en el cuarto de estar)

LOLÍN.—¡Nada! Es inútil. En la cocina nadie quiere aprender idiomas. Ya se ve que las clases populares carecen de disciplina intelectual... *(Se sienta en el sofá, al lado de Tomy. El muchacho, indiferente a la presencia de la chica, continúa enfrascado en su libro)* Hola, Tomy.

TOMY.—Hola.

LOLÍN.—¿Qué libro es ese que lees con tanta atención?

TOMY.—*El sexo y la conciencia, de Van-Lips-Merk-Strokem*¹⁰...

LOLÍN.—¡Qué bárbaro! ¿Es apasionante?

TOMY.—¡Uf!

LOLÍN.—¿Me lo dejarás?

TOMY.—No es para menores...

LOLÍN.—Idiota. (*Un mohín. Un silencio. La pequeña mira en torno y suspira. Luego, con timidez*) ¡Tomy! ¿Por qué no me dices algo?

TOMY.—(*Muy sorprendido*) ¿Quién? ¿Yo?

LOLÍN.—¡Sí!

TOMY.—¡Toma! ¿Y qué quieres que te diga?

LOLÍN.—Pues lo que se te ocurra, así, de pronto. Cualquier cosa. Por ejemplo, dime: ¡Lolín! Preciosa, hermanita, te quiero muchísimo... Dame un beso.

TOMY.—(*Estupefacto*) ¡Hala! ¿De verdad quieres que te diga todo eso?

LOLÍN.—(*Sonrojadísima*) ¡Sí!

TOMY.—Pero, chica, ¿por qué?

LOLÍN.—¡Tomy! Porque no me hace caso nadie...

(Y toda rubor se echa a llorar definitivamente. Se vuelve de espaldas a Tomy y esconde la cara entre los almohadones del sofá)

TOMY.—(*Atónito*) Pero, Lolín...

LOLÍN.—¡Déjame!

TOMY.—¡Chica!

LOLÍN.—¡Que me dejes!

TOMY.—Bueno, bueno...

(El muchacho, bastante confuso, vuelve a su lectura. Pero empieza a mirar de reojo a Lolín, muy preocupado. Ella, poco a poco, se incorpora y seca sus lágrimas)

LOLÍN.—¡Qué tonta! ¿Verdad?

TOMY.—(*Superior*) ¡Pchs! Las mujeres...

LOLÍN.—Es que a veces me siento terriblemente desgraciada, ¿sabes?

TOMY.—¿Tú?

LOLÍN.—Sí, sí...

¹⁰ Título y autor inventados que responden a la voluntad caricaturesca del autor para definir el personaje como un joven intelectual contestatario.

TOMY.—¡Anda! ¿Y por qué?

LOLÍN.—Porque estoy muy sola. ¿No te das cuenta, Tomy? Bueno. No me choca. Aquí, en esta casa, nadie se da cuenta de nada. Ya se ve. ¡Huy! ¡La familia! ¡Qué risa! Fíjate en nosotros, que somos un ejemplo. Para empezar, papá y mamá nunca están en casa. Mamá, la pobre, lleva un trajín: con las tómbolas, las fiestas y los estrenos, se le pasan los días sin sentir. Y de papá, no hablemos: entre sus grandes empresas industriales y el adulterio, porque las señoras se lo rifan, no está para nada. (*Un suspiro*) Esta noche tienen una cena en una embajada, ¿sabes? Ayer hubo flamenco y jaleo. Y, a lo mejor, mañana se van a Torremolinos. ¡Ay! ¡La «dolce vita» a la española!¹¹ Lo normal entre la gente mayor, que lo pasa de primera. Pero, claro, después, tú te vas por ahí o te metes con tus librotes, porque eres muy intelectual; Maribel se va por ahí o empieza a hablar por teléfono con todos sus amigos, y Ramonín se va por ahí o se encierra en su cuarto horas y horas. Y pase lo que pase, aquí me quedo yo sola. ¿Y qué voy a hacer? Pues ya está; o me pongo a enseñarle el francés a la pobre Mónica, que lo lleva fatal, o me siento ahí, en la terraza, y me quedo dormida mirando a la luna, mientras la vecina toca el piano. Y, eso sí, en cuanto cierro los ojos, como soy tan fantástica, lo mismo me meto monja que me caso con los cuatro Beatles...

TOMY.—(*Sonriendo*) ¡No me digas!

LOLÍN.—¡Huy! Como te lo cuento... (*Una transición. Se quita una lágrima rebelde con el dorso de la mano y sonríe muy avergonzada*) Bueno. No me hagas caso. Y, sobre todo, no me tomes por una romántica tonta, que yo soy una chica de mi tiempo.¹² ¡Ea! Para que lo sepas...

(Echa a correr hacia el fondo. Tomy, que la sigue con la mirada, se pone en pie y la llama)

TOMY.—Espera, Lolín...

LOLÍN.—¿Qué quieres?

TOMY.—¡Je! ¡Lolín! ¡Guapa! ¿Me das un beso?

LOLÍN.—¡Oh! (*La muchacha, radiante, vuelve y se refugia entre los brazos de su hermano*) ¡Tomy! ¿Cómo se te ha ocurrido todo eso, tan bonito?

TOMY.—¡Je! Pues, ya ves, de repente. Un impulso. Me salió de dentro.

¹¹ La expresión alude al éxito e importancia del film de Federico Fellini, *La dolce vita* (1960).

¹² A pesar de la caricatura, el autor insiste en presentar a los jóvenes de la comedia como representativos de la juventud española de la época.

LOLÍN.—¡Qué bueno eres! *(Se abalanza otra vez sobre Tomy y le cubre la cara de besos)* ¡Huy! Toma, toma, toma...

TOMY.—¡Socorro!

LOLÍN.—*(Riendo)* ¡Tonto! *(Se ríen los dos. Lolín, poco a poco, deja de reír y se queda mirando a Tomy)* Tomy...

TOMY.—¿Qué?

LOLÍN.—¿Si será que en esta casa cada uno tiene un secreto?

TOMY.—¿Un secreto?

LOLÍN.—¡Sí!

TOMY.—Pero ¿por qué piensas eso?

LOLÍN.—No lo sé. Se me ocurrió de pronto...

(Sale por el fondo. Tomy se ha quedado pensativo. Hay una pausa. Y en el vestíbulo, en la actitud de quien estaba esperando, asoma Mónica, la doncella. Llama cautelosa)

MÓNICA.—¡Chis! ¡Chis! *(Tomy se vuelve hacia ella. Sonríe. Durante unos segundos se miran los dos largamente, intensamente. Y, de pronto, como respondiendo al mismo impulso, corren el uno hacia el otro y se abrazan, se estrechan, se besan apasionadamente)* ¡Oh! Tomy, Tomy. ¡Te quiero tanto!

TOMY.—Nena...

(Se vuelven a besar. Un silencio. Y, de pronto, se oye la voz de Ramonín que grita estentóreamente)

RAMONÍN.—*(Dentro)* ¡Cru, cru, cru!

(Mónica y Tomy se separan, aterrados)

MÓNICA.—¡Ayyy!

TOMY.—¡Porras!

MÓNICA.—¡Oh! Un día nos sorprenderán...

(Mónica escapa corriendo, sofocadísima, y entra en la habitación de la izquierda. Tomy, casi de un salto se zambulle en el sofá. Y por la puerta de la derecha aparece Ramonín, recitando como siempre para su inexistente auditorio)

RAMONÍN.—¡Cru, cru, cru! ¡Mírela! ¡Ahí está! ¡Oh, madame Fix, la vieja prostituta! Jajajá. ¡Kikirikí! Canta el gallo. ¡Oh, no! Es el agente de bolsa de madame Fix. ¡Guardias! ¡Protejan a la bondadosa, a la hermosa, a la poderosa madame Fix! (*Transición*) Bueno. Se acabó el ensayo...

TOMY.—¡Ah! Pero ¿estabas ensayando?

RAMONÍN.—¡Naturalmente! ¿Es que no se nota? Pues para que te enteres: dentro de ocho días debutaré como actor en un teatro de cámara¹³...

TOMY.—(*Estupefacto*) ¿Quién? ¿Tú?

RAMONÍN.—¡Yo! ¿Qué te parece?

TOMY.—¡Ramonín! Me has dejado de una pieza.

(*Ramonín se sienta en el sofá, junto a Tomy*)

RAMONÍN.—Un suceso, ya verás. Me presento con una obra extranjera, como un profesional. Una comedia revolucionaria, muy de izquierdas, ¿sabes? Algo extraordinario. Figúrate tú que se levanta el telón y los personajes hablan y hablan y siguen hablando, y hasta el final nadie sabe de qué se trata. Pero, cuando llega ese final...

TOMY.—(*Interesadísimo*) ¿Qué? ¿Se casan?

RAMONÍN.—Un cuerno, chalao.

TOMY.—Hombre...

RAMONÍN.—¡Aquí no se casa nadie! Ese final es un grito de rebeldía. Un clamor de angustia. Una llamada a la conciencia de esta sociedad podrida y egoísta...

TOMY.—(*Impresionadísima*) ¡Hala!

RAMONÍN.—(*Muy ufano*) Buen mensaje, ¿eh?

TOMY.—¡Huy! ¡Tremendo!

RAMONÍN.—Oye.

TOMY.—¿Qué?

RAMONÍN.—¿Tienes dinero?

TOMY.—Veinte duros.

RAMONÍN.—Dámelos.

TOMY.—Hombre, Ramonín...

RAMONÍN.—(*Muy disgustado*) ¡Tomy! ¡Hermano mío! Tienes sentimientos capitalistas. Francamente, me avergüenzo de ti...

TOMY.—(*Resignado*) Bueno, bueno... Toma.

¹³ Las propuestas más vanguardistas y polémicas de la época a veces llegaron a los escenarios gracias a los teatros de cámara que, por su carácter minoritario, disfrutaban de un criterio más flexible por parte de la censura franquista.

(Saca un billete y se lo tiende. Ramonín se lo guarda sencillamente)

RAMONÍN.—Venga. (Y de pronto, muy jovial, le sacude a Tomy una palmada en la espalda) Vaya, vaya, con Tomy. ¡Gran muchacho! ¿Y qué? ¿Qué haces? ¿Estudias?

TOMY.—¡Hombre! ¿Qué quieres que haga?

RAMONÍN.—¡Ah! Si vieras cómo me preocupas. Cuántas veces me digo a mí mismo: «¡Pobre Tomy! Tan formal, tan estudioso, tan decente, ¿qué será de él?» ¿Qué serás tú, Tomy?

TOMY.—Pues está clarísimo. Terminaré la carrera y me iré a los Estados Unidos. Y seré profesor en una universidad...

RAMONÍN.—¡Bravo! Entonces, sigue estudiando. No importa. De todos modos, ya sabes que nunca te faltará mi apoyo...

TOMY.—¡Je! ¡Gracias!

RAMONÍN.—De nada. ¡Chico! Yo estoy contento. Me parece que, por fin, he encontrado mi verdadera vocación...

TOMY.—Bueno. Te diré. Tú, desde que renunciaste a ser ingeniero, has tenido muchas vocaciones. Primero quisiste ser cantante de melodías modernas. Después, poeta social. Luego, pintor abstracto. Y si ahora te empeñas en hacerte cómico...

RAMONÍN.—¿Y qué quiere decir todo eso, espíritu burgués, muchachito virtuoso, empollón...?

TOMY.—(Abrumado) Hombre, hombre...

RAMONÍN.—¡Que soy joven! ¡Que tengo inquietudes! ¡Que adoro la diversidad! (Una transición. Muy feliz, como para sí mismo) Y el peligro...

TOMY.—¿Qué peligro?

RAMONÍN.—¡Oh! Tú no puedes comprender, Tomy. (Sonríe con aire triunfal) ¡La verbena, la noria y la rueda de la fortuna! ¡La vida que da vueltas con su eterna armonía! ¡El pájaro y la rosa, la estrella y la luna...!

TOMY.—¿Qué es eso?

RAMONÍN.—Versos.

TOMY.—¿Tuyos?

RAMONÍN.—¡Oh, no! De Michel.

TOMY.—¿Quién es Michel?

RAMONÍN.—Un amigo mío.¹⁴

¹⁴ Alusión a la condición homosexual del personaje, que Mónica hace explícita más adelante.

TOMY.—¡Ah!

(De pronto, Ramonín, en una brusca transición, casi ruborizado, se vuelve y rebusca entre los periódicos y revistas de la mesita)

RAMONÍN.—Oye: ¿tienes por ahí algún periódico francés? Ya sabes que yo no leo nunca la prensa española. No habla más que de fútbol, que es lo que les gusta a los viejos. ¡Condenado fútbol! Es el opio del pueblo... *(Toma un diario)* ¡Anda! ¿Has visto esto? La juventud de Francia no está con De Gaulle.¹⁵ ¡Hombre! Me alegro. A ver si se entera papá, que como es tan de derechas no se entera nunca de nada...

(Y se va por la primera puerta de la derecha, llevándose su periódico. En el acto, por la izquierda, asoma Mónica)

MÓNICA.—¡Chis! ¡Tomy!

TOMY.—¡Mónica! Pero ¿todavía estás ahí?

MÓNICA.—¡Sí! Tengo que hablar contigo.

TOMY.—¿Ahora?

MÓNICA.—¡Sí!

(Dentro se oye la voz de Maribel, que llama)

MARIBEL.—*(Dentro)* ¡Lolín! ¡Lolín!

(Tomy y Mónica se dan un susto tremendo)

MÓNICA.—¡Ay!

TOMY.—¡No! Ahora, no. ¡Lárgate!

MÓNICA.—¡Ay, Señor! Esto no es vida...

(Entra corriendo en el vestíbulo y desaparece por el pasillo. Al mismo tiempo, por la terraza, surge Maribel, jubilosa, radiante, emocionadísima)

MARIBEL.—¡Lolín! ¡Tomy! ¡Ramonín! *(Se acerca al fondo y llama)* ¡Lolín! ¡Lolín...!

¹⁵ Charles de Gaulle (1890-1970): presidente de la República Francesa entre 1958 y 1969. Las divergencias con la juventud a las que se alude en la comedia se harían más evidentes en mayo de 1968.

LOLÍN.—(*Dentro*) ¿Qué?

MARIBEL.—¿Dónde estás?

LOLÍN.—(*Dentro*) ¡Aquí!

MARIBEL.—¡Ven! Date prisa...

(*Surge Ramonín por donde se fue*)

RAMONÍN.—¿Qué ocurre?

(*Maribel se vuelve hacia los muchachos, que la miran muy intrigados*)

MARIBEL.—¡Tomy! ¡Ramonín! Voy a daros una gran noticia.

RAMONÍN.—¡Ah! ¿Sí?

MARIBEL.—Pero no sé cómo empezar. Es una cosa tan grande, tan grande...

(*Irrumpe Lolín como una flecha*)

LOLÍN.—¿Qué pasa?

MARIBEL.—¡Lolín! Me voy a casar...

LOS OTROS.—¿Cómo?

(*Se han quedado atónitos. Maribel está conmovidísima*)

MARIBEL.—¡Sí! ¡Hermanitos! ¡Cuánto os quiero! ¡Y qué guapos sois! ¡Dios mío!

Pero qué guapos...

RAMONÍN.—(*Estupefacto*) ¡Sopla!

LOLÍN.—¡Maribel! ¿Has dicho que te vas a casar?

MARIBEL.—¡Sí! Eso he dicho...

LOLÍN.—Pero, así, de pronto...

MARIBEL.—¡Sí! Así, así...

LOLÍN.—Pero ¿no decías que el matrimonio es una estupidez?

MARIBEL.—(*Divertidísima*) ¡Huy! ¿De veras he dicho yo eso?

LOLÍN.—¡Sí!

MARIBEL.—¡Ay! ¡Qué tontería tan graciosa!

LOLÍN.—Maribel...

RAMONÍN.—(*A Tomy*) Oye, tú, ¿qué quiere decir esto?

TOMY.—Está clarísimo. ¡Que se ha enamorado!

RAMONÍN.—¿Otra vez?

MARIBEL.—(*Indignada*) ¡No! ¡Otra vez, no! Nunca me he enamorado de verdad hasta ahora. Él no es un tonto presumido como todos los demás, que solo saben bailar y tomar copas y venga besuqueo. Él es un hombre distinto...

RAMONÍN.—¡Ah, vamos! Uno del Opus¹⁶...

MARIBEL.—(*Indignadísima*) ¡No! ¡Ramonín! ¡No me pongas nerviosa!

TOMY.—Calma, calma. Analicemos fríamente las circunstancias. ¿Quién es ese hombre extraordinario?

MARIBEL.—(*Tiernamente*) Se llama Guillermo...

TOMY.—¡Hola! Como Shakespeare...

MARIBEL.—¿Tú crees?

TOMY.—¡Seguro!

MARIBEL.—(*Muy superior*) No sé, no sé...

TOMY.—Bueno...

LOLÍN.—(*Muy nerviosa*) ¡Maribel! Dilo todo de una vez, que no puedo más. ¿Dónde has conocido a Guillermo?

RAMONÍN.—¡Mujer! Eso no se pregunta: en la piscina, en el Bar Pepe o este invierno en Navacerrada...

MARIBEL.—¡Ca! Te equivocas, rico. Guillermo no va nunca a la piscina. Jamás ha estado en el Bar Pepe, porque no es de esos. Y, desde luego, no puedo imaginarme a Guillermo con un gorro, una bufanda y dos palitos haciendo tonterías en la nieve...

LOLÍN.—¡Ah! ¿No?

MARIBEL.—¡No!

LOLÍN.—(*Suspensa*) ¡Qué caso!

TOMY.—¡Je!

LOLÍN.—Entonces, ¿dónde has encontrado esa alhaja?

(*Maribel baja los ojos y sonrío, llena de ilusión*)

MARIBEL.—En el Metro...

LOS OTROS.—¿Cómo?

MARIBEL.—(*Muy superior*) Naturalmente, vosotros no habéis estado nunca en el Metro...

LOS OTROS.—(*A un tiempo*) ¡No!

16 *Opus Dei*: prelatura personal de la Iglesia católica fundada en 1928 por el sacerdote J.M. Escrivá de Balaguer (1902-1975). Miembros del Opus Dei tuvieron un papel relevante en los gobiernos tecnócratas del general Franco u ocuparon puestos en diversos ámbitos del poder civil. Aquí se alude, en cambio, a la imagen de seriedad profesional, más bien elitista, de sus miembros.

MARIBEL.—Pues ¿qué queréis que os diga, hijitos? Todo el mundo debería entrar en el Metro, por lo menos una vez en la vida...

TOMY.—¡Ah! ¿Sí?

MARIBEL.—Es maravilloso...

LOLÍN.—(*Muy interesada*) ¿Como El Escorial?

MARIBEL.—Bueno. Lo mejor será que os lo cuente todo desde el principio...

LOLÍN.—¡Ay, sí! Cuenta, cuenta...

MARIBEL.—Veréis. Una tarde, hace quince días, a eso de las siete, iba yo por la Gran Vía con el seiscientos. De pronto, pasé la raya blanca para adelantar a un autobús que se ponía pesadísimo, y cuando ya estaba en dirección contraria, ¡pum!, se me caló el seiscientos. ¡Claro! ¡La catástrofe! ¡Un jaleo! Se cortó la circulación. Los taxistas empezaron a dar voces y sacaron a relucir la cuestión social. Todo el mundo se arremolinó. El guardia se puso hecho una furia. Porque en Madrid la gente es muy escandalosa, ya se sabe, y por nada se arma la marimorena. ¿Verdad? Entonces yo, como el seiscientos estaba tozudo, tozudo, me dije: «¡Bueno, ahí queda eso! ¡Que lo arregle el guardia que chilla tanto!». Me bajé del coche y eché a correr y, ¡zas!, me metí en el Metro. (*Entusiasmadísima*) ¡Chicos! ¡Qué delicia! ¡Qué cosa tan divertida es el Metro! No se puede contar; es para verlo. De veras. De pronto, ¡todos para allá! De pronto, ¡todos para acá! ¡Hala! Las escaleras, ni las notas. Te suben, te bajan, te llevan. Y cuando menos lo esperas, te encuentras aplastadita en el rincón de un vagón. ¡Es fantástico! ¡Ah! Pero lo mejor viene después: Cuatro Caminos. De repente, no sé por qué, pasa una cosa rarísima. ¡Todos se empeñan en que tienes que salir del vagón! Y te sacan. Pero resulta que los que están esperando en el andén se empeñan en que tienes que volver al vagón. Y te meten. Bueno. Yo no hacía más que entrar y salir. Hasta que, de pronto, oí cerca de mí una voz, una voz maravillosa, que me decía: «¡Señorita! ¿Necesita usted ayuda?».

LOLÍN.—¿Era él...?

MARIBEL.—¡Sí! Era Guillermo. Me cogió del brazo así, fuerte, fuerte, y de un tirón me sacó de aquel lío. Un minuto después estábamos al aire libre, en la Glorieta de Cuatro Caminos. ¿Conoces Cuatro Caminos?

LOLÍN.—De oídas...

MARIBEL.—¡Oh! Es un lugar tan romántico... (*Un suspiro*) En aquel momento le miré por primera vez a los ojos y comprendí que todos, todos los hombres del mundo, menos él, todos son unos pobrecitos y no valen nada. Pero nada, nada...

LOLÍN.—¡Qué bárbaro!

MARIBEL.—Es ingeniero. Trabaja en la Guinea.¹⁷ Ahora está en Madrid de vacaciones. Vive solo en un piso muy grande y muy viejo. Para mí, desde que le conozco, todo es un sueño. Hemos pasado horas y horas juntos, muy juntos, por ahí, en los cafés, en los cines, en el Retiro. Por ahí. Anoche montamos en los caballitos de la verbena, como dos novios de esos antiguos, antiguos. Él me lleva siempre cogida de la mano, y a mí me gusta, porque a su lado me siento tan pequeña, tan pequeña y tan feliz. Cuando habla dice unas cosas muy hermosas. De todo, ¿sabes? De la vida, del amor, de Dios. Yo le oigo como embobada, y de pronto, sin saber por qué, me echo a llorar. Porque sí, hasta ahora yo no he sido más que una chiquilla frívola, tonta y malcriada. La vida es bonita como un milagro y yo no lo sabía...

(Se calla. Se seca una lágrima)

LOLÍN.—*(Conmovida)* ¡Maribel!

(Tomy y Ramonín se miran muy impresionados)

TOMY.—Oye, tú. Esto parece algo muy serio...

RAMONÍN.—¡Muchacho! ¡Qué historia! El Metro, Cuatro Caminos y los caballitos de la verbena. Pero si es neorrealismo puro...

(Maribel, de pronto, en una transición)

MARIBEL.—¡Calla! Se me ocurre una idea...

(Se lanza al teléfono y, muy deprisa, empieza a marcar un número. Los otros se alarman)

RAMONÍN.—¡Chica!

TOMY.—¿Qué vas a hacer?

MARIBEL.—¡Callaos! Un momento.

LOLÍN.—¡Maribel!

MARIBEL.—¡Déjame! *(De pronto, al teléfono, casi gritando)* ¡Guillermo! ¡Amor mío!
¡Mi vida!

LOLÍN.—¡Hala!

¹⁷ Guinea Ecuatorial: colonia española hasta su proclamación como país independiente en 1968.

RAMONÍN.—Bueno. Está para que la aten...

MARIBEL.—(*Gozosísima*) ¿No sabes? ¡Ya se lo estoy contando todo a los chicos! ¡Sí! Aquí están... (*Escucha. Luego, con timidez, casi suplicante, se vuelve a Tomy y le brinda el auricular*) ¡Tomy! ¡Por favor! ¿Quieres decirle algo a Guillermo?

TOMY.—¡Naturalmente! (*Toma el auricular y habla*) ¡Guillermo! ¿Cómo te va? Soy Tomy, tu cuñado...

(*Ríen las muchachas. Ramonín se adelanta y le quita a Tomy el auricular de las manos*)

RAMONÍN.—¡Trae! ¡Déjame a mí! (*Al teléfono*) ¡Hola, Guillermo! ¡Muchacho! ¿Qué voy a decirte? En este momento el cuarto de estar de los Sandoval está inundado por una inmensa oleada de ternura. Todos estamos a punto de llorar. (*Ríen los otros*) Bueno, hombre, bueno. Conque ingeniero... Oye, por curiosidad, y de política, ¿qué? ¿Cuál es tu grupo de presión? ¿Cómo? ¿Ninguno? ¡Toma! Pues estás listo. Ahora me explico que te pases la vida en la Guinea...

(*Ríen los demás. Lolín salta y le arranca el auricular de las manos*)

LOLÍN.—¡Déjame a mí! (*Al teléfono*) ¡Guillermo! Yo soy Lolín. ¡Claro! Quinto, en el Liceo.¹⁸ Una lata. ¡Huy! ¡Qué va! Todavía no. Bueno. Estos días tengo un problema. Hay un muchacho que me dice cosas. Pero como no tiene más que dieciséis años, se me queda muy chico. Además, no es Alain Delon¹⁹...

(*Se ríe. Maribel, que está junto a ella, le quita el auricular*)

MARIBEL.—¡Trae! (*En el teléfono*) ¡Guillermo! ¿Has oído? ¿Sí? ¿De veras? ¡Cariño! Te quiero tanto... (*Cuelga lentamente. Luego se vuelve a sus hermanos, casi ruborizada*) ¿Os ha gustado?

LOLÍN.—Tiene una voz muy bonita.

TOMY.—Parece simpático...

RAMONÍN.—Yo lo encuentro muy favorecido...

¹⁸ Lolín estudia el quinto curso de Bachillerato en el Liceo Francés, entonces un centro muy para señoritas del barrio de Salamanca, al margen del sistema educativo español.

¹⁹ *Alain Delon*: actor francés (n. 1935) en pleno éxito cinematográfico, por entonces un icono de belleza masculina.

MARIBEL.—¡Qué tonto eres!

LOLÍN.—¡Maribel! Entonces, ¿estás decidida? ¿Te vas a casar?

MARIBEL.—Sí, Lolín. Estoy decidida. Me caso. Esta misma noche hablaré con papá y mamá...

TOMY.—¿Es la costumbre?

RAMONÍN.—Antiguamente, sí.

LOLÍN.—¡Ay! Será emocionante, ¿verdad?

MARIBEL.—Tenemos que darnos prisa, ¿sabes? Porque, ¡hay que hacer tantas cosas! A Guillermo solo le queda un mes de vacaciones y, claro, el pobrecito no puede volver solo a Guinea. *(Está emocionadísima, casi no puede hablar)* Será algo maravilloso, ya verás. Viviremos en una casa pequeñita, pequeñita, rodeados de negritos, y tendremos muchos, muchísimos niños. ¡Dios mío! ¡Qué feliz soy! Pero ¡qué feliz!...

(Echa a correr y entra en la terraza. Desaparece. Los otros la siguen con la mirada y luego se miran entre sí)

LOLÍN.—*(Atónita)* Es fantástico...

TOMY.—¡Je!

(Tomy se acerca a la cristalera y mira hacia el exterior)

LOLÍN.—¿Qué hace?

TOMY.—Ahí está...

LOLÍN.—¿Llora?

TOMY.—¡Claro!

LOLÍN.—¡Pobrecita! ¡Dios mío! ¡Qué enamoradísima está!

(Entra en la terraza. Quedan solos Ramonín y Tomy)

RAMONÍN.—¡Muchacho!

TOMY.—¡Je!

RAMONÍN.—¡Si no lo veo, no lo creo! Una chica tan frívola, tan coqueta y tan mona. Y de pronto, se sube a un caballito de la verbena y se cree que es Juana de Arco...

TOMY.—¿Qué quieres? Es el amor...

RAMONÍN.—¡Hum! Está visto que no se puede creer en nada...

(Se va por la primera puerta de la derecha. Tomy, solo, marcha hacia la terraza. Pero cuando va a entrar, en el vestíbulo surge Mónica, que llama)

MÓNICA.—¡Chis! ¡Tomy! ¡Espera!

(Tomy se detiene y se vuelve hacia ella, muy jovial)

TOMY.—Hola, Mónica. ¿No sabes? ¡Grandes noticias! Maribel se ha enamorado de un muchacho estupendo y se van a casar enseguida. Esta noche tendremos reunión de familia...

MÓNICA.—*(Con un temblor en la voz)* ¡Tomy! Escúchame. Tengo que decirte algo. Es muy importante.

TOMY.—¿De veras?

MÓNICA.—¡Sí!

TOMY.—¡Dímelo!

(La muchacha le mira, llena de angustia. Luego, de pronto, corre hacia él y se refugia en sus brazos, llena de sofoco)

MÓNICA.—No, no puedo...

TOMY.—Pero, mujer...

MÓNICA.—No puedo, no puedo. ¡Por Dios! ¡No me preguntes!

(Y en ese instante, por donde se fue, vuelve Ramonín. Se queda estupefacto al ver abrazados a Tomy y a la muchacha)

RAMONÍN.—¡Atiza!

(Mónica y Tomy se separan, asustadísimos)

MÓNICA.—*(Un grito ahogado)* ¡Ay!

TOMY.—¡Hum!

MÓNICA.—¡Dios mío!

(Mónica escapa aterrada. Entra en el vestíbulo y se va volando por el pasillo. Ramonín no sale de su asombro)

RAMONÍN.—¡Mi madre!

TOMY.—¡Je!

RAMONÍN.—¡Chico! Esto sí que es bueno. El muchachito serio, el prestigio de la familia, el niño modelo...

TOMY.—*(Azoradísimo)* ¿Te quieres callar?

RAMONÍN.—¡Qué tío!

(Tomy marcha lentamente hacia la terraza. Pero antes de salir se vuelve)

TOMY.—Ramonín...

RAMONÍN.—A la orden, Casanova.

TOMY.—¡Je! ¿Me guardarás el secreto?

RAMONÍN.—Descuida, hombre. Por mí, nadie sabrá nada. Yo tengo mucho mundo.

TOMY.—Gracias.

(Entra en la terraza. Ramonín se queda viéndole marchar)

RAMONÍN.—¡Je! *(Sonríe. De pronto, mira en torno rápidamente, como para asegurarse de que está solo, se sienta en el sofá, toma el auricular del teléfono y marca un número. Espera. Y luego habla muy bajo, muy risueño, muy confidencial)* ¡Michel! ¿Eres tú? Soy yo. ¿Por qué no me has llamado antes? Toda la tarde estuve esperando tu llamada. Oye, Michel, yo... *(Bruscamente se calla. Una transición muy violenta. El rostro se le ensombrece)* ¡Oiga! ¿Quién es usted? ¿Con quién hablo? ¡Usted no es Michel! ¿Qué pasa ahí? ¿Dónde está Michel? *(Un grito ahogado)* ¿Qué? *(Escucha)* ¿Qué dice? ¿La Policía? ¡No! ¡No es posible! ¡No lo creo! Mentira, mentira... Es mentira.

(Cuelga de golpe. Está muy pálido. Un largo silencio. Ramonín mira alrededor de sí mismo, como acorralado. Suena el timbre de la puerta de la escalera. Mónica aparece por el vestíbulo, va a la puerta de entrada y abre. Habla como dirigiéndose a alguien, que debe estar en el rellano)

MÓNICA.—Buenas noches. ¿Qué desea? *(Escucha. Luego se vuelve, dejando la puerta abierta, y se asoma al cuarto de estar)* ¡Señorito!

(Ramonín alza la cabeza y la mira como si despertara)

RAMONÍN.—¿Qué?

MÓNICA.—Es un amigo suyo... No quiere entrar.

(Se va por el pasillo. Ramonín, solo, se incorpora muy despacio. Avanza. Entra en el vestíbulo. A dos pasos de la puerta de entrada se queda inmóvil, paralizado por la sorpresa. Habla como dirigiéndose a la persona que debe de estar en el rellano de la escalera)

RAMONÍN.—¡Michel! ¿Qué ha pasado?

(Un silencio brevísimo. Las luces descienden, y la figura de Ramonín, inmóvil, desaparece entre las sombras. Se oye el piano)

OSCURO

CUADRO QUINTO

Cuando vuelven las luces, las mismas luces, no hay nadie en escena. Alguien está abriendo con la llave la puerta de la escalera. Entran Rita y Daniel. Ella viene indignadísima.

RITA.—¡Oh! Por fin, en casa. Creí que no llegaría nunca este momento... *(Entran los dos en el cuarto de estar)* ¡Qué noche! ¡Pobre de mí! Toda la velada hablando con un chino. ¡Y qué chino! Un verdadero charlatán. ¡Ah! Ya le diré yo a ese embajador que, otra vez, cuando distribuya los puestos de la mesa, al chino lo ponga con su padre. Tú, en cambio, lo has pasado muy bien, cariño. ¡Sí! ¡No lo niegues! Te sentaron al lado de Rosa Fornell, que lucía el escote de las grandes solemnidades, y que durante toda la noche te estuvo adorando en silencio, con su cara de ingenua, como si el escote fuera de otra. ¡Qué pendón!

DANIEL.—¡Rita! No empecemos.

RITA.—Esta noche se ha despachado a su gusto la muy pécora. Ha coqueteado contigo y con todos los demás y, vamos, no ha coqueteado con el chino porque el tío estaba en sus glorias dándome a mí la lata. ¡Jesús! Y como remate, la fiesta española. ¡Daniel! ¿De veras el flamenco es una cosa patriótica como dicen? A mí me pone los nervios de punta... *(Se abandona, desmayadísima, sobre el sofá. Daniel, entretanto, se prepara un whisky)* ¡Oh! ¡Qué día! Por

la mañana, la tómbola de los pobres. A mediodía, el almuerzo con los americanos. Luego, el té de la duquesa. Después, una cena diplomática. Y, por fin, el flamenco. ¡Ay! Esta noche no dormiré nada, nada. Cuando apague la luz se me aparecerán las niñas pobres con sus lacitos azules; los americanos, comiendo caviar como si fuera mantequilla; la duquesa, Rosa Fornell, el embajador, los flamencos y el chino. ¡Ah! Y el señor obispo en su tómbola, bendiciendo a todo el mundo. ¡Pobre señor! *(Cierra los ojos)*
¡Daniel!

DANIEL.—Sí...

RITA.—Yo estoy muy mala. Me siento fantásticamente desgraciada. Esta vida que llevamos acaba conmigo...

(Se calla. Daniel, que ha llegado junto a ella con su vaso de whisky en la mano, la contempla y sonríe)

DANIEL.—¡Rita!

RITA.—¿Qué?

DANIEL.—¡Je! Eres una grandísima embustera...

(Rita se incorpora como movida por un resorte y abre los ojos de par en par)

RITA.—¿Quién? ¿Yo?

DANIEL.—¡Sí! Tú...

RITA.—*(Escandalizada)* ¡Pero Daniel!...

DANIEL.—Estás fresca como una rosa. Y en este momento te sientes la mujer más feliz del mundo. Porque has vivido un día de los que a ti te gustan y porque en todas partes has tenido un éxito sensacional...

RITA.—*(Interesadísima)* ¿Tú crees?

DANIEL.—¡Figúrate! Los americanos están locos contigo...

RITA.—*(Enternecida)* ¿De veras? ¡Pobrecitos americanos! Son tan ingenuos, tan niños... Un día daremos un cóctel solo para americanos...

DANIEL.—El embajador te pone por las nubes...

RITA.—¿Sí?

DANIEL.—Y del chino, por cierto, que no es chino, sino japonés, de ese no hablemos... Está enamorado de ti.

RITA.—*(Encantada)* ¡No!

DANIEL.—¡Digo! Pero si me lo ha confesado él mismo...

RITA.—¡Jesús! ¡Pobre chino!

DANIEL.—Japonés.

(Rita, en una transición, muy feliz, se vuelve hacia su marido y le mira con una inmensa ternura)

RITA.—¡Daniel!

DANIEL.—¡Je!

RITA.—¿Estás orgulloso de tu mujer?

DANIEL.—¡Orgullosísimo! ¡Palabra!

RITA.—Gracias, amor mío... *(Y le da un cariñoso cachetito en la mejilla)* Eso es lo único que me importa. Tú eres un hombre de negocios. Un gran hombre, ya lo dicen los periódicos. Tus actividades exigen de ti una vida de relación abrumadora. Cócteles, almuerzos, fiestas, viajes, partidas de caza, todo eso. ¿Cuál puede ser mi papel en estas circunstancias? Acompañarte, estar contigo. Es mi deber. A veces, naturalmente, es un deber muy duro. Pero no importa. Yo me sacrifico, y en paz. *(Transición)* ¿Qué es eso que bebes?

DANIEL.— Whisky.

RITA.—Dame un poquito...

DANIEL.—¡Je! ¿No crees que por esta noche ya has bebido bastante? Me pareció que antes de cenar te tomaste dos martinis...

RITA.—¡Ay, hijito! Porque el segundo me lo ofreció el mismo embajador. Y ya comprenderás que yo no podía hacerle un feo al pobre señor. Con esos desaires, España no gana nada. Yo, siempre que alterno con extranjeros, pienso en el Mercado Común y en todo lo demás.²⁰ ¡Ea! Por mí que no quede...

DANIEL.—¡Qué barbaridad!

RITA.—¡Hala! Un sorbito.

DANIEL.—Toma, toma...

RITA.—Gracias, cariño...

(Ella bebe. Él la contempla y sonrío)

DANIEL.—Rita, por curiosidad, ¿qué te decía el embajador? Me pareció que hablabais muy en secreto...

²⁰ El incremento de las relaciones económicas con el Mercado Común era un objetivo preferente de los gobiernos tecnócratas del franquismo. En 1970, España firmó un acuerdo preferencial con la CEE, heredera del Mercado Común, y el proceso culminó en 1986 con la adhesión al Tratado de Roma.

RITA.—(*Sonríe*) ¿Quieres saberlo? Pues, para que te enteres, el embajador me estaba haciendo el amor...

DANIEL.—(*Tranquilísimo*) ¡Ah, bueno!

RITA.—(*Picadísima*) ¿Cómo que «¡ah, bueno!»? ¡Grosero!

DANIEL.—Mujer...

RITA.—Grosero, grosero...

DANIEL.—¡Je! Date cuenta. Pensé que hablaríais de política. En esa embajada siempre están muy enterados...

RITA.—(*Muy humillada*) Tienes razón. Hablábamos de eso.

DANIEL.—¡Ah! Ya sabía yo. Cuenta, cuenta...

RITA.—¡Qué pena! ¿No crees? Antes, los diplomáticos eran hombres terribles, terribles; siempre, siempre haciendo el amor a las señoras. Acuérdate de *La viuda alegre*.²¹ Pero, hijo mío, todo eso se acabó...

DANIEL.—¡Rita! ¿Quieres decirme de una vez qué es lo que te dijo el embajador?

RITA.—¡Jesús! ¡Cariño! ¡Qué pesado te pones! Pero si lo único que quería el pobre señor era que yo le diera noticias...

DANIEL.—¡No!

RITA.—¡Sí!

DANIEL.—¡Qué barbaridad! Pues sí que funciona bien el Servicio Secreto de Occidente. (*Se pone en pie*) Bien. Ha llegado la hora de irnos a dormir. ¿No te parece? Es muy tarde y me caigo de sueño. Mañana me espera un día muy duro...

(*Rita, que le está mirando ensimismada, sonrío tiernamente*)

RITA.—Espera. No te muevas. Déjame verte así. Estas guapísimo, amor mío...

DANIEL.—Mujer...

RITA.—Resistes la cincuentena como pocos. Esta noche, Marisa Santonja, la condesa y, naturalmente, Rosa Fornell, se te comían con los ojos. ¡Qué tías!

DANIEL.—Pero, Rita, ¡qué lenguaje!

RITA.—Calla, tonto, tontísimo, y dame un beso para que rabien todas esas...

DANIEL.—(*Ríe*) ¡Oh!

RITA.—Claro que sí. Después de veintitrés años de casados, ¿te parece que no es decente darme un beso? Domínate, hijo, domínate...

²¹ *La viuda alegre* (1905) es una opereta del compositor austro-húngaro Franz Lehár. En 1934, Ernest Lubitsch dirigió una exitosa adaptación cinematográfica.

DANIEL.—(*Riendo*) ¡Qué loca eres! (*Se inclina sobre ella y la besa afectuosamente en una mejilla*) ¿Así?

RITA.—(*Tristísima*) Bueno.

DANIEL.—Qué, ¿contenta?

RITA.—Mucho, papaíto.

DANIEL.—¡Ea! Entonces, ¡a dormir!

RITA.—(*Con resignación*) ¡Hala! ¡A dormir! (*Se levanta. Marcha despacio hasta la puerta de la alcoba -puerta de la izquierda-, pero antes de salir se vuelve y se queda mirando a su marido largamente*) ¡Daniel!

DANIEL.—¿Qué?

RITA.—Dime la verdad. ¿Estás liado con Rosa Fornell?

(*Daniel, alarmadísimo, pega un respingo*)

DANIEL.—¿Quién? ¿Yo?

RITA.—¡Sí!

DANIEL.—Pero, mujer, ¿cómo se te ocurre?

RITA.—No lo sé. Pero en este momento tengo esa horrible sospecha...

DANIEL.—¡Rita! ¡Por favor! Desecha esas ideas...

(*Rita, inexorable, avanza hacia él*)

RITA.—¡Daniel!

DANIEL.—¡Rita!

RITA.—Mírame frente a frente...

DANIEL.—Vamos, vamos...

RITA.—¡Mírame!

DANIEL.—Pero...

RITA.—¡Que me mires!

DANIEL.—¡Oh!

RITA.—(*Abrumadoramente*) ¡¡No!! Ya, no. No me mires. No quiero. Era verdad...

DANIEL.—¡Rita! ¿Qué estás pensando? Escucha...

RITA.—¡Calla! Me engañas, me engañas. Estoy segurísima. ¡Ah! Si lo sabía yo. Si mis presentimientos no fallan nunca. ¡Dios mío! Pero ¿cómo no me he dado cuenta antes? Si estaba clarísimo; si había que verlos esta noche, mirándose a los ojos como dos idiotas. ¡Daniel! Acepta la responsabilidad de tus propios actos y confiesa. Di la verdad. Di que me engañas con esa, con esa...

DANIEL.—(*Con desesperación*) ¡Rita! ¡Déjame hablar!

RITA.—(*Irrebatible*) ¡Degenerado!

DANIEL.—¡¡Hum!!

RITA.—Hacerme esto a mí. ¡Una mártir! ¡Una pobre mujer indefensa! ¡Oh! Pero esta vez no quedará todo como siempre. ¡Ca! Te lo juro. Esta vez llevarás tu merecido. Esta vez, ojo por ojo y diente por diente...

DANIEL.—¿Cómo?

RITA.—(*Resueltísima*) ¿Dónde está la guía de teléfonos?

DANIEL.—¿Para qué quieres ahora la guía de teléfonos?

RITA.—Para llamar al chino...

DANIEL.—¡Oh!

RITA.—Está loco por mí, tú lo sabes. Le gusto muchísimo. (*Empieza a buscar la guía, que, naturalmente, no encuentra, revolviéndolo todo, por aquí y por allá. Va de un lado a otro*) Pues ya está. Le diré que venga a buscarme mañana con su coche. Saldremos por la carretera de La Coruña adelante, siempre adelante. Y cuando llegemos a Sevilla, ¡que sea lo que Dios quiera!

DANIEL.—(*Irritadísimo*) ¡Rita! Estate quieta...

RITA.—¡No me da la gana!

(En este momento, como atraídos por las voces de Rita y Daniel, surgen en escena, por la puerta de la derecha, Maribel, Lolín, Tomy y Ramonín. Los cuatro se quedan allí, agrupados, mirando a sus padres con los ojos abiertos de par en par. Rita y Daniel, entregados a su disputa, no advierten la presencia de los muchachos. La discusión continúa acaloradísima)

DANIEL.—¡Me vas a volver loco!

RITA.—(*Nerviosísima*) ¿Cómo se llama el chino?

DANIEL.—¡Rita! ¡Déjame en paz!

RITA.—¡Daniel! Si eres un caballero, dime cómo se llama el chino...

DANIEL.—(*Furioso*) ¡Mao Tse Tung!

(Entra en la alcoba)

RITA.—(*Triunfante*) ¡Ese!... ¡Lo sabía! Lo tenía en la punta de la lengua. (*Con toda arrogancia*) Pues bien, señor mío. ¡Mañana hablarán los periódicos de Mao Tse Tung!²²

²² La frivolidad y la ignorancia de Rita dan pie a un humor que desactiva el supuesto dramatismo de la situación. También anula la capacidad del personaje para tomar conciencia de la realidad, a diferencia de lo que sucede con Daniel.

(Va a entrar en la alcoba. Pero antes Maribel se adelanta y llama)

MARIBEL.—¡Mamá! ¡Mamaíta! ¡Espera!

(Rita se detiene en seco)

RITA.—¡Jesús! ¡Hija! Me has asustado. ¿Qué ocurre?

MARIBEL.—¡Mamá!

RITA.—¿Qué quieres, nena?

MARIBEL.—¡Mamaíta! ¡Preciosa! Tengo que contarte algo estupendo, fantástico, maravilloso...

RITA.—¿Ahora?

MARIBEL.—¡Sí!

RITA.—¡Oh, no!

MARIBEL.—Pero, mamá...

RITA.—Hijita, por Dios. Es tardísimo. Date cuenta. La pobre mamá está muy cansada. De veras. Mañana, mañana me contarás todo eso...

(Entra en la alcoba. Cierra la puerta tras de sí. Un silencio. Los muchachos se miran atónitos. De pronto Maribel solloza. Está desolada)

MARIBEL.—¡Oh, mamá! *(Echa a correr. Cae de rodillas sobre la alfombra, junto al sofá. Apoyada en el sofá, esconde la cara entre las manos. Y llora con una rabia infinita)* Mamá, mamaíta...

(Lolín va hacia ella)

LOLÍN.—¡Maribel! ¡No llores!

MARIBEL.—¡Déjame!

LOLÍN.—Escucha...

MARIBEL.—¡No me digas nada! ¡Por Dios!

LOLÍN.—*(Abrumada)* ¡Hay que ver! Pero qué frívolos son...

(Un silencio)

TOMY.—*(Atónito)* Es asombroso. Yo ya sabía que eran ligeros, superficiales, como todos los padres. Pero, en fin, tanto, tanto, no...

RAMONÍN.—Me siento huérfano.

TOMY.—¡Hum! ¡Maldita sea!

(Otro silencio. Maribel se incorpora poco a poco)

MARIBEL.—¿Por qué son así?

LOLÍN.—*(Un suspiro)* ¡Ay! Es una generación que no tiene remedio...

MARIBEL.—¿Cómo no ha comprendido mamá que yo la necesitaba esta noche? Es mi madre. Tenía que saberlo, tenía que adivinarlo. Pero no podía saber nada, no podía adivinar nada. Estaba en otro mundo, en su fiesta, con sus amigos, con sus celos estúpidos...

LOLÍN.—¡Pobre papá! Está en la decadencia...

TOMY.—¿Tú crees?

LOLÍN.—¡A ver! Todo el mundo sabe que la Fornell es una tía loca...

(Maribel ahoga un sollozo. Con un infinito rencor)

MARIBEL.—Pero mamá lo pagará. Llorará. Tiene que llorar por esto... Te lo juro.

LOLÍN.—Calla, Maribel...

MARIBEL.—¡Lolín! ¿Qué pasa en esta casa? ¿Es que no existimos para ellos? ¿Es que solo les importa su propia vida? ¿Es que no nos quieren? ¿Es eso...?

LOLÍN.—*(Con melancolía)* Sí, nos quieren, ¿sabes? Pero a su manera, que es una manera rarísima. Nos quieren mucho cuando llega la catástrofe, cuando se asustan, cuando tienen miedo. Como cuando tú te rompiste un brazo en el baloncesto y Ramonín estuvo tres días sin aparecer por casa y a mí me dio la pulmonía... *(Sonríe con nostalgia)* ¡Ay! Yo nunca me he sentido tan feliz como aquella noche. Todos estabais alrededor de mi cama. Todos me decíais cosas maravillosas. Pero sobre todo papá y mamá: «¡Lolín! ¡Nena! ¡Chiquitina! Ponte buena. Te compraré una bicicleta», me decía mamá. Y yo, que estaba muriéndome, con una bolsa de hielo en la cabeza y el termómetro en la boca y las mantas hasta aquí, sudando y sudando, no hacía más que pensar: «¡Dios mío! Pero ¡qué bien lo estoy pasando!» *(Un suspiro. Con una irremediable resignación)* Al día siguiente, como se me pasó la fiebre, a papá se le olvidó la bicicleta...

TOMY.—¡Je!

(Un silencio. Cada uno atiende a sus pensamientos. Y de pronto, Lolín, muy decidida, como resurgiendo, se planta en el centro)

LOLÍN.—Bueno. Pero lo que yo me digo: ¿por qué no les damos un susto?

TOMY.—¿Un susto?

LOLÍN.—¡Sí! Un buen susto, que es lo que se merecen...

TOMY.—(*Intrigado*) A ver, a ver...

LOLÍN.—Figuraos que, de pronto, cada uno de nosotros se presenta ante papá y mamá con un problema. Pero un problema gordo, ¿eh? Un drama. Después de todo, como lo vamos a inventar, no nos vamos a quedar cortos...

TOMY.—Lolín...

LOLÍN.—Se llevarían un susto fantástico, ¿no creéis? Y recibirían una buena lección...

(Otro silencio. Todos miran a Lolín. Tomy se pone en pie, deslumbrado)

TOMY.—¡Calla!

LOLÍN.—(*Muy feliz*) ¿Te gusta mi idea, Tomy?

TOMY.—¿Cómo que si me gusta? Me encanta.

LOLÍN.—¿Y a ti, Ramonín, qué te parece?

(Ramonín, que hasta ahora ha permanecido en silencio, como ausente, se yergue, se queda mirando a Lolín y sonrío para sí mismo)

RAMONÍN.—¡Je! A mí me parece algo definitivo...

LOLÍN.—(*Ilusionadísima*) ¿Verdad que sí?

RAMONÍN.—¡Calla! Conque un buen susto, ¿eh? Déjame, déjame pensar. (*Se calla. Y sonrío*) ¡Je!

LOLÍN.—¿Qué?

RAMONÍN.—Ya está. Ya tengo lo mío. (*Se calla otra vez. Y, de pronto, muy resuelto*) ¿Sabéis lo que os digo? ¡Que no hay que perder tiempo! Manos a la obra. Yo ya estoy listo.

(Marcha hacia el vestíbulo)

TOMY.—¿A dónde vas?

RAMONÍN.—¡A la calle!

LOLÍN.—¡Ramonín!

RAMONÍN.—Tengo un plan fantástico. Llamaré por teléfono, dentro de un rato, desde el bar de la esquina. Y ya veréis, ya veréis qué llamada. Una bomba. ¡Acabo de tener una ocurrencia sensacional!

(Abre la puerta de la escalera y sale. Tomy se vuelve hacia las muchachas, muy lanzado)

TOMY.—Entonces, ahora me toca a mí. ¡Dejadme solo!

LOLÍN.—*(Encantada)* ¡Tomy! Pero ¿ya?

TOMY.—¡Claro! ¿Para qué vamos a esperar más?

LOLÍN.—¿Qué vas a decirles? ¿Cuál es tu problema?

TOMY.—Todavía no lo sé. Pero, desde luego, algo fuertecito. Les diré que me pasa una cosa tremenda, que estoy metido en un lío. Ya veréis, ya veréis. ¡Largo! ¡Dejadme!

LOLÍN.—¡Ay! ¿Y nosotras qué hacemos?

TOMY.—Vosotras aparecéis dentro de un rato, cada una con su historia. ¡Y a ver si tenéis imaginación!

LOLÍN.—¡Ay, sí! Vamos, Maribel. ¿Se te ocurre algo?

MARIBEL.—¡Sí! Una locura muy grande.

(Salen Maribel y Lolín por el fondo. Tomy, solo, muy excitado, piensa, piensa vertiginosamente. Y, de pronto, sonrío. Ha tenido, sin duda, una buena idea. Se dirige, muy aprisa, a la puerta de la alcoba de sus padres, dispuesto a todo. Pero, en ese instante, surge Mónica en el vestíbulo y llama)

MÓNICA.—¡Chis! ¡Tomy! ¿Estás solo?

TOMY.—*(Muy embalado)* ¡Calla! Déjame ahora...

(Mónica habla muy sofocada, llena de apuro)

MÓNICA.—¡Tomy! ¡No puedo esperar más! Tienes que saber lo que pasa...

TOMY.—¡Mónica! Ahora, no...

MÓNICA.—¡Tomy!

TOMY.—¡Que me dejes!

MÓNICA.—¡Tomy! ¡Por Dios! Escúchame...

TOMY.—¡No! *(Tomy, completamente decidido, golpea, muy enérgico, con los nudillos la puerta de la izquierda)* ¡Papá! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Papá!

MÓNICA.—*(Suplicante)* Tomy, Tomy...

TOMY.—¡Papá! ¡Mamá! ¿Estáis ahí?

DANIEL.—*(Dentro)* ¿Quién llama?

TOMY.—Soy Tomy, papá. Tengo que hablar con vosotros. Estoy en un apuro...

RITA.—*(Dentro)* ¡Hijito! ¿Un apuro a estas horas?

TOMY.—¡Sí!

RITA.—*(Dentro)* ¿Qué te ocurre?

TOMY.—¡Mamá! Voy a tener un niño...

(Dentro se oye un doble grito de Rita y Daniel, despavoridos)

LOS DOS.—*(Dentro)* ¿Qué?

RITA.—*(Dentro)* ¡Ayyy...!

TOMY.—*(Satisfechísimo)* ¡Ea! Ya está.

(Y, muy tranquilo, se sienta en el sofá. Mónica, en el vestíbulo, se ha puesto mortalmente pálida)

MÓNICA.—¡Tomy!

TOMY.—¡Je!

MÓNICA.—¿Por qué has dicho eso?

TOMY.—*(Muy jovial)* ¡Chis! Tú déjame a mí. Tenía que inventar algo. Es que se nos ha ocurrido darle un buen susto a papá y a mamá, ¿sabes? Como son tan frívolos...

MÓNICA.—*(Sofocadísima)* Pero si es que eso es verdad...

(Tomy se pone en pie de un salto)

TOMY.—¿Cómo?

MÓNICA.—¡Tomy! Estoy embarazada...

TOMY.—*(Impresionadísimo)* ¡No!

MÓNICA.—¡Sí!

TOMY.—¡Mónica!

MÓNICA.—Toda la noche estoy tratando de decírtelo. Pero no he podido. Me faltaba valor. ¡Virgen! ¡Qué vergüenza! Pero ¡qué vergüenza!...

TOMY.—¡¡Mónica!!

(Tomy cae como fulminado en el sofá. Mónica escapa hacia el vestíbulo, y allí se queda atenta a la escena que sigue, con el terror reflejado en el rostro. Y por la puerta de la izquierda surgen en

tromba, liándose los cinturones de las batas respectivas, Rita y Daniel)

DANIEL.—¿Qué ha dicho este idiota?

TOMY.—(*Emocionadísimo*) ¡Papá!

RITA.—¡Tomy! ¿Dices que vas a tener un niño?

TOMY.—¡Sí! ¡Un niño! ¡Un niño!

(Rita y Daniel se miran, consternados)

RITA.—Pero Daniel...

DANIEL.—¡Rita!!

RITA.—¡Santo Dios! ¿Qué ha hecho este chico?

(Tomy se lanza, decidido a todo)

TOMY.—¡Querido papá! En este momento trascendental de mi vida...

DANIEL.—(*Furioso*) ¡A callar!

TOMY.—(*Casi llorando*) Bueno. Si empezamos así...

(Daniel va hacia el muchacho)

DANIEL.—¡Tomy! ¡Muchacho! ¿Es cierto? ¿De veras vas a ser padre?

TOMY.—¡Sí!

DANIEL.—¡Tú!

TOMY.—A ver...

DANIEL.—(*Gritando*) Pero ¿cómo?

TOMY.—¡Papá! ¡Qué pregunta!

DANIEL.—¡Niño! ¡Descarado!

TOMY.—¡Huy!

(Daniel se contiene difícilmente)

DANIEL.—¡Tomy! Ven aquí. Cuéntamelo todo. Dime qué ha pasado.

TOMY.—(*Avergonzadísimo*) ¡Papá! ¡No me pidas detalles!

DANIEL.—¡Oh! Esto es para volverse loco...

(Daniel empieza a pasear por el fondo, de un lado a otro, a punto de enloquecer. Rita, en este momento, da unos pasos hacia Tomy y grita desgarradoramente)

RITA.—¡Hijo de mis entrañas!

TOMY.—*(Asustadísimo)* ¡Mamá!

RITA.—¿Qué han hecho contigo?

TOMY.—Pero, mamá...

RITA.—¿Quién ha abusado de tu inocencia?

TOMY.—*(Indignado)* ¡Atiza! Bueno, si lo tomas así...

RITA.—Calla, tonto, tontito...

TOMY.—*(Rabiosísimo)* ¡Mamá! ¡No me llames tontito!

RITA.—*(Muy maternal)* ¡Que te calles, he dicho! ¿Qué sabes tú de la vida? ¿Qué sabes tú de las mujeres, que son todas malísimas? Dime inmediatamente quién es esa infame criatura que te ha pervertido. Dímelo para que esa lagarta se lleve lo que se merece. ¡Ah! Porque no se puede hacer eso con un chico decente. Porque tú eres menor de edad, hijito, y eso está muy castigado...

TOMY.—¡Mamá! ¡Que te equivocas! ¡Que lo que pasa es que soy un canalla!

RITA.—¿De veras?

TOMY.—Pues claro...

(Rita se queda repentinamente tranquilizada)

RITA.—¡Ah, bueno! Entonces no hay problema. Delincuencia juvenil y en paz...

TOMY.—¡Mamá!

(Daniel ha interrumpido su paseo y está mirando a su mujer, estupefacto)

DANIEL.—¡Rita! ¿Cómo que no hay problema? ¿Y el niño?

RITA.—¡Jesús! ¡Se me había olvidado el niño...!

DANIEL.—¡Oh!

(Otra transición de Rita. Ahora está abatidísima)

RITA.—¡Daniel! ¡Amor mío! Esto es, sencillamente, espantoso. Yo no lo resistiré. ¡Un hijo natural en esta casa! ¿Qué dirá la gente? ¿Qué dirá la duquesa? ¿Qué dirá el obispo? ¿Qué dirá Lina Mendoza, que es tan monárquica?

DANIEL.—Calla, calla.

RITA.—(*Dolorosamente*) ¡Daniel! Este chico es un fresco...

DANIEL.—¡Ah! Por fin te das cuenta...

RITA.—¡Sí! (*Y se vuelve a su marido llena de arrogancia*) Pero ¿a quién se parece?

DANIEL.—¡Rita!

RITA.—¡Contesta!

DANIEL.—¡Por todos los santos! Ahora no...

(*Rita, encorajinadísima, se vuelve y se encara con Tomy*)

RITA.—¡Fresco!

TOMY.—Cálmate, mamá...

RITA.—¡Inmoral! Porque, para que lo sepas, tener un niño es algo absolutamente inmoral. ¡Dios mío! Parecía tan serio, tan formalito, tan estudioso, tan intelectual. Y de pronto, ¡un niño! ¡Ah, los intelectuales! Estos, estos son los intelectuales. ¡Estos son lo que trajeron la República!

DANIEL.—(*Casi rugiendo*) ¡Hum!

TOMY.—(*Tímidamente*) ¡Mamá! ¿No te agrada la idea de ser abuela?

RITA.—(*Irritadísima*) ¡Mamarracho! (*Y avanza hacia el muchacho, terrible, amenazadora*) Dime ahora mismo quién es esa mujer...

TOMY.—(*Retrocediendo*) Mamá...

RITA.—¡Dímelo!

TOMY.—¡Mamá!

RITA.—(*Transición*) ¡No! ¡No me lo digas! ¡No quiero saberlo! Estoy segura, segurísima, de que se trata de una pelandusca. ¡Sí! Una pelandusca, una pelandusca... (*Va hacia el vestíbulo, desolada. Allí se encuentra con Mónica y se refugia en sus brazos, agobiadísima*) ¡Mónica! ¡Hija!

MÓNICA.—¡Señora!

RITA.—¿Has oído? El señorito Tomy va a tener un niño...

MÓNICA.—(*Comiéndose las lágrimas*) Sí, señora...

RITA.—¿Qué piensas tú de eso?

MÓNICA.—¡Señora! ¿Qué va a pensar una?

RITA.—¡Claro! ¡Pobrecita! ¿Qué sabes tú de la vida? Eres tan niña, tan niña...

(*En ese momento, por el fondo, irrumpe Lolín gritando despavorida*)

LOLÍN.—¡Socorro!

TODOS.—¿Qué?

LOLÍN.—¡Me muero!

RITA.—(*Aterrada*) ¡Hijita! ¿Qué dices?

DANIEL.—(*Asustadísimo*) ¡Lolín! ¿Qué te pasa?

LOLÍN.—¡La pulmonía...!

RITA y DANIEL.—¿Cómo?

LOLÍN.—¡Que me ha dado otra vez la pulmonía!

RITA y DANIEL.—¡No!

LOLÍN.—¡Sí! Me muero, mamáita, me muero...

RITA.—¡No! ¡Hija de mi vida! Tú no te mueres...

DANIEL.—¡Lolín! ¡Tesoro! ¿Qué dices?

(Daniel y Rita, uno a cada lado de la pequeña, están trastornadísimos)

LOLÍN.—¡La calentura! ¡Los escalofríos! ¡Se me nubla la vista! ¡Se me doblan las piernas! ¡Me caigo!

RITA.—¡No! ¡Cielo mío!

DANIEL.—Déjame a mí...

(Daniel toma a la pequeña entre sus brazos y la conduce al sofá, donde la tiende. La chica, entretanto, grita con toda su alma)

LOLÍN.—¡Que venga el médico! ¡Que llamen al practicante! ¡La bolsa de hielo! El termómetro, la penicilina y la bicicleta...

RITA.—¡Ay, ángel mío! ¡Delira!

LOLÍN.—¡La bicicleta!

RITA.—¡Daniel! Haz algo...

DANIEL.—¡Calma! No te asustes. No será nada. Cálmate tú también, preciosa...

LOLÍN.—¿Me quieres, papá?

DANIEL.—¡Nena! Con toda mi alma...

LOLÍN.—¿Me comprarás la bicicleta?

DANIEL.—¡Sí! Te compraré la bicicleta.

LOLÍN.—La otra vez se te olvidó...

DANIEL.—¡Calla! Tendrás tu bicicleta...

(Por el fondo aparece Maribel. Muy decidida, con mucho aire, atraviesa la escena, llega hasta el arco que separa el vestíbulo del cuarto de estar, y desde allí se vuelve)

MARIBEL.—¡Adiós, mamá!

RITA.—(*Atónita*) ¡Maribel! Pero ¿es que te marchas?

MARIBEL.—Sí, mamá.

RITA.—¿A estas horas?

MARIBEL.—¡Sí!

RITA.—¿Adónde?

MARIBEL.—¡Ah! No me preguntes, mamá, no me preguntes...

(*Cruza el vestíbulo, abre la puerta de la escalera y sale dando un portazo*)

TODOS.—¿Cómo?

RITA.—(*Estupefacta*) ¿Qué ha dicho?

DANIEL.—(*Asustado*) ¡Rita!

RITA.—¡Dios mío! Pero ¿adónde va esa niña?

LOLÍN.—(*Segurísima*) ¡Huy! A la Guinea...

RITA.—¿A la Guinea?

LOLÍN.—¡A ver!

RITA.—Pero eso es absurdo... En la Guinea no habrá nadie a estas horas.

LOLÍN.—(*A Tomy*) ¡Ay, Tomy! Mamá se ha creído que la Guinea es una cafetería...

TOMY.—¡Qué barbaridad!

RITA.—(*Inquietísima*) ¡Daniel! ¿Dónde está la Guinea?

DANIEL.—¡En África!

RITA.—¡No!

DANIEL.—Sí. (*Furioso*) ¡En África! La Guinea está en África. Lo sé. Me consta. Estoy segurísimo.

RITA.—¡Daniel! Esto ya es demasiado. Yo me voy a desmayar. Si la nena está malísima y Maribel se va a África y Tomy va a tener un niño, yo no lo soportaré...

LOLÍN.—¡Mamá! ¿Dices que Tomy va a tener un niño?

RITA.—¡Sí!

LOLÍN.—¡Qué bruto eres!

DANIEL.—¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí esta noche? ¿Qué locura ha entrado en esta casa? (*Suena el timbre del teléfono. Daniel, que está cerca, toma el auricular*) ¡Diga! ¿Cómo? ¿Eres tú, Ramonín? ¿Se puede saber qué haces por ahí a estas horas? (*Calla y escucha. De pronto se pone lívido*) ¿Cómo? ¿Que estás en la Comisaría? ¿Que te han detenido? (*Todos clavan los ojos en Daniel*) ¿Qué? ¡¡Ramonín!!

RITA.—¡Jesús!

(Y, sin remedio, a Rita se le doblan las piernas y se derrumba sobre un sillón. Todos gritan asustados y la rodean. Daniel suelta vivamente sobre la mesa el auricular del teléfono)

TODOS.—¿Eh?

TOMY.—¡Mamá!

LOLÍN.—¡Mamaíta!

MÓNICA.—¡Señora!

DANIEL.—Rita, Rita... *(De pronto se revuelve como un energúmeno contra todos)*

¡Fuera! ¡Marchaos todos! ¡Dejadme!

MÓNICA.—¡Ay, sí, señor!

(Mónica, asustadísima, entra en el vestíbulo y por el pasillo desaparece)

TOMY.—Sí, papá...

(Y se va volando por la primera puerta de la derecha. Daniel da a Rita unos cachetitos en las mejillas)

DANIEL.—¡Rita! ¿Me oyes? ¡Rita! Di algo...

(De pronto, Lolín, asustadísima, cae de rodillas a los pies de Rita)

LOLÍN.—¡Mamá! ¡Mamaíta! ¡No me asustes! ¡Vuelve, mamá! ¡Mírame! No hagas caso de nada, que todo es mentira. Ni Tomy va a tener un niño, ni Maribel se ha marchado de casa, ni Ramonín está en la Comisaría, ni a mí me ha dado la pulmonía... Todo es mentira, mentira, mentira.

(Rita se yergue atónita. Daniel se ha quedado inmóvil. Los dos miran fijamente a Lolín)

RITA y DANIEL.—¿Cómo?

DANIEL.—A ver, a ver. ¿Qué has dicho?

LOLÍN.—*(Muy sonrojada)* Papaíto...

DANIEL.—¿De verdad es todo mentira?

LOLÍN.—Sí, papá.

DANIEL.—Entonces, ¿dónde está Ramonín?

LOLÍN.—En el bar de la esquina...

DANIEL.—¿Y Maribel?

LOLÍN.—Ahí... en el rellano de la escalera, seguro. Y del niño de Tomy, para qué vamos a hablar. Con lo infeliz que él es, pobrecito.

DANIEL.—Ya.

LOLÍN.—Todo lo hemos inventado nosotros...

RITA.—(*Boquiabierta*) Pero, nena...

(Daniel y Rita están mirando a la pequeña atentísimamente. Un silencio. Daniel, muy despacio, va a la mesita y cuelga el auricular del teléfono, que había dejado abandonado)

DANIEL.—Bien, bien, bien. Conque todo era una comedia...

LOLÍN.—Sí, papá.

DANIEL.—¿Todo?

LOLÍN.—Sí.

DANIEL.—¿Por qué?

LOLÍN.—(*Muy azarada*) No me preguntes, papá, no me preguntes...

DANIEL.—Porque alguna razón habréis tenido, digo yo, para organizar esta encantadora función en plena madrugada. ¡Vamos! ¡Habla! ¡Que yo me entere! (*Transición. Enojadísimo*) ¿O es que se puede, impunemente, despertar a un padre y a una madre para anunciarles, así, sin rodeos, que la pequeña tiene pulmonía, que Tomy va a tener un hijo natural, que el otro está entre policías, como malhechor, y que la señorita Maribel se marcha quién sabe adónde?

RITA.—(*Horrorizada*) ¡Cuatro catástrofes!

DANIEL.—Pero ¿os dais cuenta de lo que habéis hecho? ¿Qué significa este juego?

LOLÍN.—Papá...

DANIEL.—¡Vamos! ¿Quieres hablar de una vez?

LOLÍN.—Bueno. Es muy difícil de explicar, papá. Esta noche nos pareció que no nos queráis, y quisimos asustaros un poco...

(Daniel y Rita quedan atónitos)

DANIEL.—¿Cómo?

RITA.—¡Jesús! ¿Qué dice esta niña?

DANIEL.—¡Rita! ¿Tú has oído?

RITA.—¡Pero, Daniel!...

DANIEL.—¡Que no los queremos! ¡Dice que no los queremos!

RITA.—¡Qué horror!

DANIEL.—De manera que tu madre y yo no os queremos... Pero ¿os habéis vuelto locos?

RITA.—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

DANIEL.—Bueno. Esto es inaudito. Esto es extraordinario. Dice que no los queremos. Toda una vida de esfuerzos, de trabajo, de sacrificios. Por ellos, nada más que por ellos. Y, sin embargo, resulta que no los queremos...

RITA.—¡Jesús, Jesús...!

DANIEL.—¡Decirme esto a mí! ¡A mí!

(Lolín, muy despacito y francamente abrumada, se ha ido hasta el fondo. Pero, antes de salir, se vuelve hacia sus padres, muy superior)

LOLÍN.—Bueno, papá. ¿Sabéis lo que os digo? ¡Que no comprendéis nada! Os falta madurez.

(Sale. Durante un segundo Rita y Daniel se miran boquiabiertos)

DANIEL.—¿Qué ha dicho?

RITA.—*(Muy segura)* ¡Que te falta madurez!

DANIEL.—¿A mí?

RITA.—Sí, sí...

DANIEL.—¡Hum! Esto, además...

RITA.—*(Desolada)* Pero, Daniel, cariño, estos chicos están completamente chiflados. Es espantoso. Sacarse de la cabeza todas esas atroces mentiras, simplemente por el placer de asustar a sus pobres padres...

DANIEL.—¡Rita! ¿Qué pasa aquí?

RITA.—¿Dónde?

DANIEL.—¡Aquí!

RITA.—No entiendo...

DANIEL.—Sí, sí. ¿Qué sucede en esta casa? ¿Por qué han representado los muchachos esta comedia? ¿Es que se sienten solos? ¿Es que tú y yo no sabemos quererlos?

RITA.—¿Qué dices? ¡Que no sabemos quererlos? Pero si los queremos muchísimo, amor mío. Lo único que pasa, de veras, es que estos hijos nuestros están muy mimados y son muy caprichosos. ¡Ea! Pero, ¡ay!, ya se harán hombres y mujeres y ya verán, ya verán entonces que la vida no es un problema de imaginación, sino una cosa muy, muy penosa y muy difícil... *(Marcha hacia la alcoba. Pero se detiene, asustada de sus pensamientos)* ¡Daniel! Pero ¿Tú

te das cuenta? Si fueran verdad todas las mentiras que han inventado en un momento, a estas horas Maribel estaría por ahí, quién sabe dónde; Ramonín, en un calabozo, como un delincuente, y Tomy a punto de enloquecer con lo del niño...

DANIEL.—Je...

RITA.—¡Jesús! ¡Qué chicos! Pero qué chicos...

(Sale. Daniel, solo, mira en torno, con aire preocupado. Da un paso hacia la puerta de la escalera. Pero se detiene. Luego, poco a poco, marcha hacia su alcoba. Al salir oprime un conmutador instalado junto a la jamba de la puerta y las pantallas se apagan. La escena queda en sombras. Un rayo de luna se filtra por la cristalera y llega hasta la zona en donde está situado el sofá. El piano inicia su melodía. Y por el pasillo, de puntillas, aparece Mónica en el vestíbulo. Se asoma al cuarto de estar. La puerta de la derecha se abre y asoma el rostro de Tomy. Se miran, avanzan despacio el uno hacia el otro. Pero, de pronto, los dos a un tiempo echan a correr... Y se abrazan)

TOMY.—*(Casi sin voz)* Mónica, Mónica, Mónica...

MÓNICA.—¡Tomy!

TOMY.—¡Vamos a tener un niño!

MÓNICA.—¡Sí!

TOMY.—*(Encantadísimo)* Pero si no puede ser...

MÓNICA.—¿Cómo que no puede ser?

TOMY.—¡Calla! Quiero decir que parece un milagro. ¡Un niño! Un niño, Mónica. Era verdad... *(La suelta. Empieza a ir de un lado para otro, entre asustado y jubiloso, trastornadísimo)* ¡Oh! ¡Un niño! Mío, mío, mío...

(Mónica, agobiada, se deja caer en un sillón)

MÓNICA.—¡Tomy! ¡Estate quieto!

TOMY.—Mío, mío, mío...

MÓNICA.—¡Me vas a volver loca!

TOMY.—¡Un niño! ¡Un niño! ¡Un niño!

MÓNICA.—¡Tomy!

(De pronto, Tomy se detiene. Se queda quieto ante la muchacha. La mira intensamente. Y cae de rodillas a sus pies. La rodea con sus brazos)

TOMY.—¡Mónica! ¡Chiquilla! ¡Mi vida! ¡Un hijo! *(Casi sollozando)* ¡Mi hijo!

(Un silencio inapreciable)

MÓNICA.—¡Tomy! ¿Qué hemos hecho? ¿Es que yo soy una cualquiera?

TOMY.—¡Cállate! *(Lleno de coraje)* ¡No vuelvas a decir eso!

MÓNICA.—¿Qué será del niño? ¿Qué será de nosotros? ¿Qué va a pasar ahora? ¡Yo me quiero morir!

TOMY.—¡Cállate!

MÓNICA.—Me quiero morir, me quiero morir...

TOMY.—*(Acongojado)* No llores, Mónica. ¡No quiero que llores!

MÓNICA.—Pero si tú también estás llorando...

TOMY.—¿Quién? ¿Yo? Yo no lloro nunca. ¡Yo soy un hombre!

MÓNICA.—¡Oh, Tomy, Tomy!...

TOMY.—¡Un hombre!

(Un nuevo sollozo se le atropella en la garganta. Lloran los dos. Y va cayendo el

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO SEXTO

Un sol radiante inunda de luz la terraza. En escena no hay nadie cuando se levanta el telón. Por el pasillo entra Mónica en el vestíbulo. Pasa al cuarto de estar y se dirige a la puerta de la izquierda y llama con los nudillos.

MÓNICA.—¡Señora! Buenos días, señora...

RITA.—*(Dentro)* Sí...

(Mónica llega hasta el fondo y llama)

MÓNICA.—¡Señorita Lolín!

LOLÍN.—*(Dentro)* ¡Ya voy! *(Surge Lolín por el fondo. Se abalanza sobre Mónica y le rodea el cuello con los brazos. La besa en ambas mejillas)* ¡Huy! ¡Mónica! ¡Guapa! ¡Guapísima! Lo que te quiero...

MÓNICA.—¡Señorita!

LOLÍN.—*(Muy satisfecha)* ¿No sabes? Acabo de tomar una resolución. Hoy me voy en el Metro. Estoy decidida a comprobar si tengo «sex-appeal»...

(Se va por el fondo, tan rápidamente como surgió. Mónica va a la primera puerta de la derecha y llama, como antes)

MÓNICA.—¡Señorito! ¡Señorito Tomy!

(Escucha un instante. Entreaire la puerta. Mira con cautela y entra. Queda la escena sola otra vez. Y por la izquierda surge impetuosamente Rita. Mira en torno, como buscando algo. Llega hasta la terraza. Mira a derecha y a izquierda. Y en este momento entra Daniel, por el mismo sitio)

DANIEL.—¿Dónde están?

RITA.—No lo sé.

DANIEL.—¿Duermen todavía?

RITA.—Por lo visto... *(Está muy enojada)* Y me alegro, ¿sabes? Porque aún no he decidido lo que voy a hacer cuando se presenten ante mí para darme los

buenos días. De buena gana empezaría a repartir cachetes, como cuando eran pequeños...

DANIEL.—(Sonriendo) ¿Serías capaz?

RITA.—¡Naturalmente! ¿Qué quieres que haga? ¿Felicitarlos por la brillante comedia que han representado esta madrugada? ¿Agradecerles el susto que nos dieron con sus horribles mentiras? ¡Ah, no! ¡Daniel! Estos chicos me tienen muy enfadada. De veras. Figúrate, figúrate tú que si no fuera porque Lolín nos dijo anoche que todo era una farsa, a estas horas, tú y yo, amor mío, estaríamos a punto de volvernos locos.

DANIEL.—¡Je! Escucha, Rita...

RITA.—Sí, cariño. Te escucho.

DANIEL.—Por una vez, seamos prudentes...

RITA.—¿Cómo? ¿Qué has querido decir?

DANIEL.—He querido decir, sencillamente, lo que he dicho...

RITA.—Pero, Daniel, yo siempre soy prudente...

DANIEL.—Rita, Rita...

RITA.—(Ingenuamente) ¿Qué?

DANIEL.—Hazme caso. Esta mañana recibirás a tus hijos como si no hubiera pasado nada. ¿Me oyes? Es lo más diplomático. En el fondo, este episodio no ha sido más que una travesura de muchachos que leen demasiado, que van mucho al cine y que tienen excesiva imaginación...

RITA.—De manera que debo callarme...

DANIEL.—¡Sí!

RITA.—¿Y tú crees que eso es lo prudente?

DANIEL.—¡Sí! Lo creo.

RITA.—¡Daniel! No sé si podré...

DANIEL.—¡Rita! Por favor...

RITA.—(Abnegadamente) Está bien. Si tú me lo pides, me callaré. Después de todo, siempre hago lo que tú quieres...

DANIEL.—Bueno, bueno. Eso...

RITA.—Pero te advierto que tendré que hacer un gran esfuerzo para dominarme. Porque no me negarás que estos chicos merecían un escarmiento. ¡Dios mío! Pero qué imaginación tan morbosa...

DANIEL.—¡Je!

RITA.—(Transición) ¿Has dormido bien, cariño?

DANIEL.—¡Pchs! Apenas...

RITA.—Yo tampoco. Ni con píldoras. Debe ser cosa del metabolismo o así.

DANIEL.—¡Hum! ¡Y qué día me espera! A las doce, un Consejo de Administración. A la una, reunión con los ingenieros. A las dos, un almuerzo en Puerta de Hierro. Después, toda la tarde encerrado en el despacho...

RITA.—¡Jesús! ¡Pobrecito!

DANIEL.—¡Ah! Por cierto, a última hora mandaré el coche a recogerte. Iremos un rato a un cóctel que dan los suizos en el Palace...

RITA.—¡Ay, sí! Me encantan los suizos. ¡Son tan ocurrentes! *(Ella está a punto de entrar en la terraza. Él se dispone a entrar en la alcoba. Rita, en éxtasis)* ¡Oh! ¡Qué día tan maravilloso! ¡Daniel! ¿No te recuerda nada este día?

DANIEL.—¿A mí? No caigo...

RITA.—*(Muy sentimental)* ¡Daniel! ¡Amor mío! Tú y yo nos conocimos en Recoletos, una mañana así...

DANIEL.—¡Rita! ¿Qué estás diciendo? Pero si nos conocimos en Segovia y hacía un frío espantoso...

RITA.—¿De veras? ¡Jesús! ¡Qué cabeza tengo!

(Él entra en la alcoba. Ella en la terraza. Desaparece. Nuevamente, por unos segundos, queda la escena sola. Y por la primera de la derecha surge Mónica precipitada, como huyendo. Tras ella irrumpe Tomy)

TOMY.—¡Espera!

MÓNICA.—¡Tomy! No seas loco...

TOMY.—Pero, mujer...

(Mónica, de pronto, se estremece y solloza temblorosa)

MÓNICA.—¡Oh, Tomy, Tomy!

TOMY.—¡Mónica! ¿Por qué lloras?

MÓNICA.—Tengo miedo.

TOMY.—¿Miedo?

MÓNICA.—¡Sí! Tengo miedo, mucho miedo. Estoy muerta de miedo.

TOMY.—¡Mónica! ¡No llores!

MÓNICA.—¡Tomy! ¡Por Dios! ¡Defiéndeme! No me dejes sola. No me abandones. ¡Sálvame! Esta noche estuve a punto de hacer una locura...

TOMY.—¡Mónica! ¿Qué dices?

MÓNICA.—¡Oh Tomy, Tomy! Tengo tanto miedo, tanta vergüenza...

(Se refugia, llorando sin consuelo, entre los brazos del muchacho. Él la acaricia)

TOMY.—Calla, calla. ¿No sabes? Toda la noche he estado pensando en cosas maravillosas...

MÓNICA.—¿De veras, Tomy?

TOMY.—Escucha. Nos casaremos enseguida y nos iremos muy lejos de aquí.

MÓNICA.—¿Adónde?

TOMY.—*(Con entusiasmo)* ¡A América! ¿Te gusta América?

MÓNICA.—¡Dios mío! ¡América!

TOMY.—¡Mónica! ¡América es un mundo fabuloso! Ya verás. Viviremos en una casita blanca rodeada de césped y de flores. Nosotros y el niño. ¡Solos! Míster y mistress Sandoval. ¿Qué te parece?

MÓNICA.—¡Oh!

TOMY.—En las vacaciones iremos a Nueva York. ¡Nueva York! ¡Figúrate! Brooklyn y Broadway, y la Quinta Avenida, y la estatua de la Libertad. Y después, Chicago, y Washington, y San Francisco, y Las Vegas, y todo lo demás...

(Ella alza los ojos y le mira ilusionada)

MÓNICA.—¡Tomy! Pero ¿será posible todo eso, tan bonito?

TOMY.—¿Por qué no?

MÓNICA.—¡Oh!

TOMY.—Después de todo, mis padres ya saben que voy a tener un hijo...

MÓNICA.—*(Tímida)* Pero todavía no saben que es mío...

TOMY.—No importa. Hoy mismo lo sabrán.

MÓNICA.—¿Tendrás valor, Tomy?

TOMY.—¡Oh! Tú lo verás... *(Tomy sonrío. Y de pronto mira en torno suyo, muy feliz)*
¡Mónica!

MÓNICA.—¿Qué?

TOMY.—¿Te acuerdas de aquella mañana, cuando nos encontramos aquí mismo, por primera vez?

MÓNICA.—*(Muy bajo)* Claro que me acuerdo...

(Se callan los dos. Sonríen como recordando)

TOMY.—Hola, chica. ¿Quién eres tú?

MÓNICA.—Soy la doncella nueva, señorito.

TOMY.—¿Cómo te llamas?

MÓNICA.—Mónica, para servirle...

TOMY.—¡Qué bonita eres! *(Un silencio. Los dos, al tiempo, se vuelven el uno hacia el otro y sonríen)* ¡Mónica! ¿Me das un beso?

MÓNICA.—*(Casi sin voz)* Sí.

(Siguen mirándose. Ninguno de los dos se ha movido)

TOMY.—¿Sabes que es la primera vez que beso a una chica?

MÓNICA.—A mí nunca me había besado un hombre...

(Se callan, Mónica, despacio, marcha hacia el vestíbulo. Tomy, desde el otro lado, la llama muy bajo)

TOMY.—¡Mónica!

MÓNICA.—¿Qué?

TOMY.—Te quiero.

MÓNICA.—Sí, mi vida...

(En este momento alguien abre con llave, cautelosamente, la puerta de la escalera, y en el umbral aparece Ramonín. Entra)

RAMONÍN.—Hola, Casanova. ¿Qué tal princesa?

TOMY.—*(Estupefacto)* ¡Ramonín!

RAMONÍN.—¡Je! El mismo...

TOMY.—¿Llegas ahora?

RAMONÍN.—¡Hombre! Eso ya se ve...

TOMY.—Entonces, ¿dónde has pasado la noche?

RAMONÍN.—¡Silencio! ¡Preguntón! *(Avanza. Mira a Tomy y a Mónica, sucesivamente)*

Bueno. Ya veo que los jóvenes amantes no pierden el tiempo. De noche, te quiero. De día, te adoro. Así me gusta, hijos míos. La vida hay que vivirla aprisa, muy aprisa. Un día estallará la primera bomba y todos nos convertiremos en un montón de muertos. ¡Puaf! ¡Qué peste! *(Va al fondo. Se asoma a la terraza y vuelve)* Oye, por curiosidad, ¿qué tal resultó la bomba que les gastamos anoche a papá y mamá?

TOMY.—¡Oh! Resultó muy bien... Todo parecía verdad.

RAMONÍN.—¡Ah!, ¿sí? Cuenta, cuenta. ¿Qué dijo Lolín?

TOMY.—Se inventó otra pulmonía.

RAMONÍN.—¡Pobre! Es una ingenua...

TOMY.—¡Claro!

RAMONÍN.—¿Y Maribel?

TOMY.—Dijo que se iba... Y se marchó.

RAMONÍN.—¿Adónde?

TOMY.—Todavía no lo sé.

RAMONÍN.—¿No? ¡Qué chica! ¿Y tú? ¿Qué cuento te inventaste?

TOMY.—Yo dije que iba a tener un hijo...

(Ramonín se vuelve hacia él. Le mira)

RAMONÍN.—¡Ah! ¿Eso dijiste?

TOMY.—¡Sí!

RAMONÍN.—*(Mira a Mónica. Esta baja los ojos. Ramonín, muy despacio, se encara otra vez con Tomy, sonriendo)* ¡Qué presumido eres! *(Marcha lentamente hacia la primera puerta de la derecha)* Mis saludos, alteza.

(Sale. Un silencio. Tomy y Mónica se miran)

TOMY.—¡Je!

MÓNICA.—¿Qué estás pensando?

TOMY.—No lo sé. Pero me gustaría saber dónde ha pasado la noche Ramonín...

MÓNICA.—*(De pronto)* ¡Tomy!

TOMY.—¿Qué?

MÓNICA.—Ha ocurrido algo... Estoy segura.

TOMY.—¿Qué dices?

MÓNICA.—Anoche estuvo aquí Michel. Venía como loco, como si le persiguieran, como si hubiera hecho algo malo. No quiso entrar. Tu hermano y él estuvieron ahí un rato hablando, en el rellano de la escalera...

TOMY.—¿Quién es Michel?

MÓNICA.—Pero ¿no lo sabes? Es el mejor amigo de tu hermano. Siempre están juntos. Le llama por teléfono todos los días, a todas horas... *(De pronto, con un insólito sofoco)* ¡Oh, Tomy! Lo sabe todo el mundo. Los criados, la gente del barrio. Todos, Tomy. Todos menos vosotros...

(Y escapa. Entra en el vestíbulo. Se va por el pasillo. Tomy se ha quedado anonadado. Bruscamente mira hacia la primera puerta de la derecha, y llama, ahogando un grito)

TOMY.—¡Ramonín!

(Surge Ramonín muy rápido)

RAMONÍN.—No grites, idiota.

TOMY.—¿Dónde has pasado la noche? *(Ramonín se calla. Tomy va hacia él)* Tienes que decírmelo...

RAMONÍN.—¡Cállate!

TOMY.—¡Ramonín!

RAMONÍN.—¡No me preguntes! He estado horas y horas entre aquella gente, acosado a preguntas. Preguntas y más preguntas, y siempre más preguntas. Siempre, siempre... ¡Cállate tú ahora! ¡Por Dios! ¡Cállate!

(Un sollozo ahogado)

TOMY.—Entonces, era verdad...

RAMONÍN.—¡Sí! Era verdad. Cuando llamé por teléfono no estaba jugando. Estaba pidiendo socorro. Me detuvieron al salir de casa, junto al portal...

TOMY.—Pero ¿qué has hecho?

RAMONÍN.—Yo no he hecho nada. Te lo juro. Ha sido Michel.

TOMY.—*(Desolado)* Ramonín...

(Un silencio levísimo. Y por el fondo aparece Maribel, que cruza el cuarto de estar, muy ligera, hacia el vestíbulo)

MARIBEL.—Hola, chicos. Buenos días.

(Tomy se vuelve bruscamente)

TOMY.—¡Maribel!

(Maribel, a punto de entrar en el vestíbulo, se detiene sorprendida)

MARIBEL.—¡Ay! ¿Qué? Me has asustado.

TOMY.—¡Maribel!

MARIBEL.—¿Qué quieres?

TOMY.—Ven aquí. Dime la verdad. ¿Dónde estuviste anoche?

MARIBEL.—¿Anoche? Pues, verás, fui al garaje, saqué el coche pequeño y estuve por ahí, haciendo kilómetros como una loca... *(Se calla. Y de pronto, en una*

transición, se vuelve hacia su hermano, irritada) Pero ¿a ti qué te importa?
¿Por qué me lo preguntas así? ¿Quién eres tú? ¿Qué te has creído?

TOMY.—Maribel...

MARIBEL.—¡Estúpido!

(Entra en el vestíbulo y se va corriendo por el pasillo. Tomy, acongojado, se vuelve hacia Ramonín)

TOMY.—¡Ramonín! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué juego es este? ¿Es que las mentiras se han convertido en verdades?

(Ramonín baja la cabeza y, en silencio, sale por la puerta de la derecha. Tomy, solo, se hunde en un sillón. Por la terraza entra Rita, que avanza muy jovial, muy optimista)

RITA.—Buenos días, Tomy. ¿Has visto? ¡Qué sol! ¡Qué mañana! ¡Qué hermosísima mañana!

TOMY.—Sí, mamá...

RITA.—¡Ay! Adoro la primavera, no lo puedo remediar. ¡Tiene tantos recuerdos para mí! Cuando yo era una muchacha me enamoraba todas las primaveras. ¡Todas! Era fatal. Hasta que conocí a papá y me prohibió que me enamorara de cualquier otro. ¡Ah! Entonces papá era muy celoso. Claro, que estábamos en mil novecientos cuarenta. Acababa de terminar la guerra, y todos los hombres eran tan españoles. Pero, hijito, luego se impuso el contacto con el mundo, nos hicimos europeos y se acabó...

(Entra Mónica por el vestíbulo llevando una gran bandeja con servicio de café para el desayuno, que deposita sobre la mesita, delante del sofá)

MÓNICA.—Buenos días, señora.

RITA.—Buenos días, hijita. *(Una transición)* ¡Mónica! Te encuentro pachucha. Toma vitaminas, rica. Una pildorita rosa y otra azul.

MÓNICA.—Sí, señora...

(Mónica se va, aprisa, por el pasillo. Al mismo tiempo entra Daniel por la izquierda. Se sienta en el sofá y toma un periódico)

DANIEL.—Hola, Tomy.

TOMY.—Hola, papá.

RITA.—¡Tomy! ¿Por qué estás tan callado?

TOMY.—Estaba pensando, mamá...

RITA.—¡Qué lata! Siempre estás pensando, pobrecito... (*Transición*) ¿Qué vas a tomar, cariño?

DANIEL.—(*Distraídamente*) Café, nada más.

RITA.—¿Qué cuentan hoy los periódicos?

DANIEL.—¡Pchs! Lo de siempre... De Gaulle no está conforme...

RITA.—¡Claro! Es tan viejecito...

DANIEL.—Moscú ataca la política de Occidente.

RITA.—(*Muy perspicaz*) ¡Ay! Me parece a mí que esos señores se están haciendo de derechas. Pero, en fin, eso se veía venir...

DANIEL.—(*De pronto*) ¡Hola!

RITA.—¿Qué es eso?

DANIEL.—(*Después de unos segundos*) Un asunto bastante turbio.

RITA.—¿Sí?

DANIEL.—La Policía ha detenido esta madrugada a un grupo de muchachos. No se dan nombres. Pero, por lo que se lee entre líneas, todos son hijos de buenas familias...

RITA.—¡Ay! ¡Los jóvenes! Estoy segura de que esos chicos habrán hecho alguna fechoría tremenda. Están todos tan mal educados...

DANIEL.—¡Caramba!

RITA.—(*Inquietísima*) ¡Hijito! ¿Qué pasa ahora? Estás leyendo el periódico con «suspense»...

DANIEL.—Se confirma lo de la crisis...

RITA.—(*Muy alborozada*) ¡No!

DANIEL.—Sí, sí...

RITA.—¡Ay! Eso sí que es divertido...

(Tomy, muy despacio, se levanta y se marcha hacia el fondo. Rita y Daniel continúan muy interesados en su conversación)

DANIEL.—Parece que van a hacer ministro a Montijano.

RITA.—¿Sí? ¡Qué bien! Montijano es un muchacho encantador.

DANIEL.—Le vi ayer en el Club...

RITA.—¿Qué te dijo?

DANIEL.—Nada...

RITA.—¿Nada? ¡Qué gracioso! Pues sí que empieza bien el futuro ministro. De manera que ante un hombre tan importante como tú, él no tiene nada que decir...

DANIEL.—¿Qué quieres? Montijano no me ha demostrado nunca grandes simpatías. Y es natural. Somos muy distintos. Yo soy un hombre de negocios, él es un intelectual...

RITA.—¡Qué tostón!

DANIEL.—Mujer...

RITA.—Pero, por Dios, Daniel, ¿y a un hombre así le van a hacer ministro?

DANIEL.—¡Ah! Parece que esa es la corriente...

RITA.—¡Pobre España!

DANIEL.—¡Je!

RITA.—¿Adónde vamos a parar?

DANIEL.—¡Oh! Eso no se sabe nunca.

(Tomy está mirando, atónito, a sus padres. En este momento, Rita y Daniel tienen cada uno un periódico entre las manos. Rita, que ha leído algo, se pone en pie, irritadísima)

RITA.—¡Ah, no! ¡Esto, no...!

DANIEL.—¿Qué ocurre?

RITA.—¡Que le van a dar una condecoración a Rosa Fornell!

DANIEL.—¡Rita!

RITA.—¡No! ¡Esto sí que no y no!

DANIEL.—Pero, mujer...

RITA.—¡Daniel! Esto sí que no se lo perdono yo al régimen...

DANIEL.—¡Rita!

RITA.—¡No! ¡Te digo que no y no...!

(Tomy, que ya no puede más, da un paso, a punto de echarse a llorar)

TOMY.—¡¡Basta!!

(Daniel y Rita se vuelven hacia el muchacho, estupefactos)

DANIEL.—¡Tomy!

RITA.—Pero, hijito...

TOMY.—¡Cállate, mamá! ¡Por lo que más quieras! ¡Cállate! ¡Mamá! Pero ¿es que estáis locos? ¿Cómo podéis ser tan frívolos y tan despreocupados? Pero ¿es que ya habéis olvidado todo lo que ha pasado esta noche? ¡Mamá! Pero ¿es que no sabéis que yo voy a tener un hijo?

(Entra en la terraza conteniendo unos sollozos que pugnan por escapársele de la garganta. Daniel y Rita se miran atónitos. Y en seguida se revuelven indignados)

RITA.—¡Y dale!

DANIEL.—¡Otra vez con la misma historia!

RITA.—Pero ¡qué manía! Daniel, este chiquito es incorregible...

DANIEL.—¡Es asombroso...!

RITA.—*(Furiosa)* ¡Un cachete! ¡Le voy a dar un cachete...!

DANIEL.—*(De pronto)* ¡Calla! Ya sé lo que pasa.

RITA.—¿Qué pasa?

DANIEL.—Resulta que Tomy no sabe que la pequeña nos dijo anoche que todo era mentira. Y al parecer, él quiere seguir adelante con la comedia...

RITA.—¿Tú crees?

DANIEL.—¡Seguro!

RITA.—¡Qué loco!

DANIEL.—¡Je!

RITA.—¡Dios mío! Pero ¿por qué tiene ese empeño?

DANIEL.—¡Ah! Eso es lo que no sé...

(Un silencio. Los dos están asombradísimos)

RITA.—¡Daniel!

DANIEL.—¿Qué?

RITA.—Nos ha llamado frívolos. ¡Qué poco respeto! ¿Verdad? ¡Frívolo tú, amor mío! Frívola yo, una mujer tan española...

DANIEL.—*(En otro mundo)* ¡Rita!

RITA.—Sí...

DANIEL.—Estoy muy intrigado, lo confieso. No sé qué es lo que pretende ese chico...

RITA.—Yo tampoco...

DANIEL.—Pero se me ocurre una idea para averiguarlo...

RITA.—A ver...

DANIEL.—Vamos a seguirle el juego.

RITA.—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

DANIEL.—(*Muy satisfecho*) Sí, sí. Ya está. Tú y yo vamos a actuar como si de verdad nos hubiéramos creído todos los embustes que nos contaron anoche...

RITA.—¡Jesús! ¿Qué estás diciendo?

DANIEL.—Lo que oyes. ¿No es eso lo que él quiere? Pues adelante. ¡Ah! Y para empezar, hagámonos a la idea de que Tomy va a tener un hijo. (*Muy contento*) ¿Qué te parece?

RITA.—¡Daniel! Si quieres que te diga la verdad, todo eso me parece terriblemente diabólico...

DANIEL.—¡Calla! Tú déjame a mí. Ya verás, ya verás...

RITA.—¡Daniel! No sé si podré...

(*Daniel va a la terraza y llama*)

DANIEL.—¡Tomy! Ven aquí.

RITA.—¿Qué vas a hacer?

DANIEL.—¡Chis! ¡Calla! (*Aparece Tomy en el umbral de la puerta de la terraza*) Tomy, hijo mío...

TOMY.—¡Papá!

DANIEL.—Ven aquí, muchacho, ven aquí. Anoche nos dijiste que vas a ser padre...

TOMY.—Sí, papá.

DANIEL.—¡Hum! Es toda una noticia. ¡Una gran noticia! Pero, en fin, anoche fue todo tan inesperado, nos pusimos todos tan nerviosos... La verdad es que no estuvimos a la altura de las circunstancias. Y creo que ahora, con más calma, tendrás muchas cosas que decir. Vamos a ver, Tomy, hijo mío, ¿qué ha pasado? Cuéntamelo todo...

(*Tomy se yergue contentísimo, emocionado*)

TOMY.—¡Papá! ¿De verdad quieres saber?

DANIEL.—Naturalmente, hijo. Soy tu padre...

TOMY.—¡Papá! Pero si lo estaba deseando... (*El muchacho, lleno de gozo, nerviosísimo, va hacia Daniel y le abraza. Rita y Daniel se miran asombrados*) ¡Oh, papá! ¡Papá! ¡Gracias, papá!

DANIEL.—(*Asustado*) ¡Hijo! Cálmate...

TOMY.—¡Qué bueno eres, papá!

DANIEL.—Pero, Tomy...

TOMY.—¡Qué alegría me das! Yo ya sabía que estarías a mi lado. Yo ya sabía que me comprenderías. Pero si tiene que ser así. ¿Verdad, papá? Después de todo,

nadie puede oponerse al amor. El amor no es un pecado. El amor es cosa de Dios. ¿No crees, papá? Y un hijo... ¡Oh, un hijo, un hijo! Es algo tan grande, tan importante, tan extraordinario. ¡Je! ¿Verdad, papá? Figúrate que yo nunca había besado a una chica. Pero cuando la vi tan cerca de mí, tan sencilla, tan pura, tan enamorada...

DANIEL.—(*Consternado*) ¡Tomy!

TOMY.—Sí, papá...

DANIEL.—¡Cálmate! Poco a poco...

TOMY.—Pero si es que no puedo, papá. Como estoy tan nervioso...

DANIEL.—¡Tomy!

TOMY.—¡Papá!

DANIEL.—¿Quién es esa chica?

TOMY.—¿Ella? (*En ese momento surge Mónica en el vestíbulo. Tomy enmudece. Mónica entra en el cuarto de estar, avanza en silencio, llega hasta la mesita y recoge la bandeja con el servicio del desayuno. Tomy clava los ojos en la muchacha. Muy bajo*) ¿Que quién es ella? ¿No lo adivinas, papá? Pero si es tan fácil...

(Daniel y Rita, aterrados, siguiendo la mirada de Tomy, miran a Mónica, con los ojos abiertos de par en par)

DANIEL.—¿Cómo...? (*Mónica, de vuelta, ya está bajo la embocadura que separa el salón del vestíbulo. Parece que siente sobre su espalda las penetrantes miradas de Rita y Daniel, y en medio del inmenso silencio se detiene un segundo, como si fuera a sufrir un desvanecimiento. Pero con un gran esfuerzo se rehace, entra en el vestíbulo y desaparece por el pasillo. Daniel está muy pálido. Su mirada se encuentra con la de Rita*) Rita...

RITA.—Daniel...

DANIEL.—¿Qué es esto?

RITA.—(*Con un angustioso esfuerzo*) ¡No! ¡Es mentira! ¡No quiero, no quiero...!

DANIEL.—¡Rita! Este chico no miente. Dice la verdad...

RITA.—(*Con terror*) ¡No! ¡Es mentira...!

DANIEL.—¡Rita! Abre los ojos. Estás ciega.

RITA.—¡No! ¡Daniel! ¡Dime que no! ¡No quiero! ¡No quiero! (*Entre sollozos*) Mis hijos, no; mis hijos, no... (*Aparece Maribel en el vestíbulo, bajo el arco. Rita, al verla, se queda inmóvil*) ¡Maribel!

MARIBEL.—¡Mamá!

RITA.—¿Dónde has estado esta noche?

(Maribel la mira en silencio)

MARIBEL.—¿De verdad quieres saberlo, mamá?

RITA.—¡Sí!

MARIBEL.—*(Sencillamente)* Estuve en casa de Guillermo...

(Un silencio. Rita se ha quedado atónita, desconcertadísima)

RITA.—¿Dónde? *(Silencio. Rita, apuradísima, se vuelve a su marido)* ¡Daniel! ¿Quién es Guillermo?

DANIEL.—No lo sé.

RITA.—*(Con una angustiosa perplejidad)* Pero tú tenías que saberlo...

DANIEL.—¡Rita! ¡Cállate!

RITA.—¡No quiero! *(Va hacia Maribel. La mira con un miedo infinito)* ¡Nena! Pero ¿te has vuelto loca? ¿Por qué has hecho eso?

MARIBEL.—*(Con dureza)* Pero ¿aún no lo comprendes, mamá? ¡Porque tenía que vengarme de ti! ¡Porque tenía que hacerte llorar! ¡Porque anoche, cuando fui a buscarte loca de ilusión, de alegría, de felicidad, no me hiciste caso! Por todo eso, mamá, por todo eso. Pero ¿es que no lo entenderás nunca?

RITA.—Hija... *(Se ha quedado blanca, casi temblando. Muy despacito se vuelve a su marido y le mira como pidiendo socorro)* ¡Daniel! ¿Qué dice esta niña? ¿Qué pasó anoche? Yo no comprendo. Yo no entiendo nada. Pero si anoche fue una noche como todas...

MARIBEL.—¡Oh, mamá, mamá...!

(Por la primera puerta de la derecha surge Ramonín. Al ver a sus padres se detiene súbitamente)

RAMONÍN.—¡Papá!

(Daniel le mira fijamente. Va hacia él. El muchacho palidece)

DANIEL.—¡Ramonín!

RAMONÍN.—¡Papá!

DANIEL.—¡Dímelo! *(Le toma de las solapas)* ¿Eres tú uno de esos? ¿Eres tú uno de esos chicos de los que habla el periódico? ¡Dilo! Tengo que saberlo, tengo que saber si he de avergonzarme de ti, tengo que saber si debo echarte de casa...

TOMY.—¡Papá!

DANIEL.—¡Habla, granuja, habla. Dilo todo. ¿Quién eres tú? Dilo o te juro que...

MARIBEL.—¡Papá! ¡Por Dios...!

DANIEL.—¡Habla! Te digo que hables. Pero ¿es que no me oyes?

(Le zarandea furiosamente. Rita se abandona en un sillón, desolada)

RITA.—¡Oh! Mis hijos...

(En este momento, como atraídas por las voces airadas de Daniel, surge Mónica, en el vestíbulo, y Lolín, por el fondo. Mónica se queda allí, en un ángulo del vestíbulo, oculta para los demás, escuchando. Lolín, impetuosamente, se planta en el centro)

LOLÍN.—¿Qué pasa? ¿Por qué grita papá?

(Todos, repentinamente callados, se vuelven hacia Lolín. La pequeña está muy sorprendida)

TOMY.—Lolín...

LOLÍN.—¿Qué?

TOMY.—¿Te acuerdas...?

LOLÍN.—¿De qué?

TOMY.—*(Muy emocionado)* Anoche, cuando tú dijiste que te sentías enferma, y Maribel se marchó, y Ramonín llamó diciendo que le había detenido la Policía, y yo dije que iba a tener un hijo...

LOLÍN.—*(Muy divertida)* ¡Tomy! ¿Todavía estáis con eso? Pero si papá y mamá ya saben que todo es mentira...

TODOS.—*(Muy bajo)* ¿Cómo?

(Todos están mirando a Lolín)

LOLÍN.—¡A ver! Se lo dije yo anoche. Cuando mamá se desmayó, me asusté y se lo conté todo...

(Todos, en silencio, se vuelven hacia Rita. Ésta se yergue, iluminada por un gozo infinito, trémula, nerviosa)

RITA.—¡Claro! Ya lo sabía. Era mentira... *(Se le escapa un sollozo)* ¡Daniel! ¿Has oído? Era mentira. Te lo dije. Estaba segura. No podía ser verdad. Era mentira, mentira... Todo mentira.

DANIEL.—¡Rita!

(Rita se vuelve hacia su marido con un inmenso coraje)

RITA.—¡Cállate! Pero ¿no ves que es mentira? *(Un sollozo. Va hacia Maribel)* ¡Maribel! ¡Hijita! Bonita mía, mi niña, mi tesoro. Dilo tú. Di que todo es mentira, mentira, mentira. Dilo, preciosa. ¿Verdad que todo es mentira?

(Maribel alza los ojos, mira a su madre y le brotan irremediabilmente unas lágrimas)

MARIBEL.—Sí, mamá... Es mentira.

RITA.—¡Hija! Si no podía ser...

MARIBEL.—Todo ha sido una comedia, mamá. Anoche nos pareció que no nos queráis y nos pusimos terriblemente sentimentales. Y se nos ocurrió este juego. Un juego demasiado cruel. Perdónanos, mamá.

RITA.—¡Nena! ¿Qué dices? Pero si no importa nada, nada. ¡Mi chiquilla! Dame un beso...

MARIBEL.—Sí, mamá...

RITA.—Muchísimos besos...

MARIBEL.—Mamaíta...

RITA.—Te quiero, nena. Te quiero tanto... *(Casi no puede hablar. Ríe y llora al mismo tiempo)* ¿Tú has visto, Daniel? Yo tenía razón. No era verdad. No podía ser verdad. ¡No! Mis hijos, no... ¡Daniel! ¡Dios mío! ¡Maribel! ¡Nena! ¡Ramonín! Embustero, grandísimo embustero... ¡Tomy! ¡Qué tonto eres! ¡Qué tonto! ¡Lolín! Cuánto habéis hecho sufrir a la pobre mamá. Pero no importa, ya no importa. Todo vale por esta alegría. ¡Hijitos! Os quiero tanto...

(Se va llorando por la izquierda. Todos se quedan inmóviles. Un silencio. De pronto, Maribel, en un arranque)

MARIBEL.—¡Mamá! ¡Mamaíta! ¡Espera!

(Sale. Lolín mira en torno, con mucha suficiencia, y suspira)

LOLÍN.—Bueno. A veces me pregunto qué sería de esta familia si no fuera por mí, que siempre pongo las cosas en su sitio...

(Sale, siguiendo los pasos de Rita y Maribel. Mónica desaparece, en silencio, por el pasillo. En escena, Daniel, Ramonín y Tomy. Daniel lanza una mirada en torno. Hay una pausa)

DANIEL.—Bien. Conque, de verdad, todo ha sido eso..., una farsa.

RAMONÍN.—*(Muy tranquilo, muy sonriente)* Pues claro, papá. ¿Cómo habéis podido pensar otra cosa?

DANIEL.—Eso me pregunto yo ahora. Pero confieso que, por un momento, caí en la trampa. Lo creí...

RAMONÍN.—¡Je!

DANIEL.—Parecía todo tan cierto. Fingíais tan bien...

RAMONÍN.—¿Verdad que sí, papá?

(Daniel se queda mirando largamente a Ramonín)

DANIEL.—Ramonín...

RAMONÍN.—Dime, papá.

DANIEL.—*(Sonriendo)* Estaba pensando, ¿sabes?, que para mí sería muy fácil comprobar si esta noche has estado o no has estado en manos de la Policía...

(Ramonín palidece. Baja la cabeza. Pero se rehace y sonrío)

RAMONÍN.—¿De veras, papá?

DANIEL.—¡Figúrate! El jefe superior es un viejo amigo mío...

(Daniel no aparta la mirada de Ramonín. Este está muy pálido)

RAMONÍN.—¡Ah! Entonces, llámale por teléfono. Él te dirá la verdad.

(Daniel vuelve la cabeza y se queda mirando el aparato telefónico que está sobre la mesita. Ramonín, asustado, espera con una enorme ansiedad. Una pausa. Un gran silencio. Por fin, Daniel, como vencido, baja la cabeza)

DANIEL.—No, deja... Te creo.

(Marcha muy despacio, con un aire de repentino e infinito cansancio, siempre seguido por las miradas de Tomy y Ramonín. Entra en la terraza. Desaparece. Los dos muchachos se vuelven el uno hacia el otro y se miran. Tomy, de pronto, lleno de coraje, da un paso. Pero Ramonín se interpone)

TOMY.—¡Ah, no! Esto no...

RAMONÍN.—Estate quieto...

TOMY.—¡No! Esto no quedará así. Se acabaron las mentiras. Tienen que saber la verdad. Y la sabrán. ¡Te lo juro!

RAMONÍN.—¡Calla, idiota!

TOMY.—¡Déjame!

RAMONÍN.—¡No quiero!

TOMY.—¡Déjame te digo!

RAMONÍN.—¡No!

TOMY.—Eres un cínico, Ramonín, un cínico. Has engañado a papá como si fuera un niño. Pero a mí no puedes engañarme. Yo sé que esta noche has estado allí entre todos esos...

(Ramonín se lanza sobre él. Con un puño crispado le estruja la pechera de la camisa)

RAMONÍN.—Cállate o...

TOMY.—*(Vencido)* ¡Oh, Ramonín, Ramonín!

RAMONÍN.—¡Imbécil! Nunca sabrás tú cuánto he sufrido yo esta noche entre aquellas malditas cuatro paredes hasta que Michel confesó y a los demás nos pusieron en libertad. Y ahora quieres tú robarme la posibilidad de que todo esto haya sido un sueño... Estás loco. *(Se calla. Con otro tono)* ¡Tomy! ¿Qué pretendes? ¿Por qué quieres seguir adelante? Pero ¿no comprendes que lo que necesitamos todos es creer que hemos soñado? ¿Crear, como cree Lolín, que no ha pasado nada? ¿No has visto con cuánta ilusión descubría mamá que todo era una comedia? ¿No has visto con qué sencillez se aferraba papá a la idea de que todo era mentira? ¡Tomy! Déjalo como está. No se puede hacer saltar la verdad. Tiene dentro dinamita y veneno. Es el desastre. Entre nosotros sería el derrumbamiento de todo lo que todavía nos une. Es mejor callar. Ni siquiera mentir. Callar y callar y callar siempre. Y después, olvidar...

TOMY.—Yo no puedo olvidar. ¡No quiero!

RAMONÍN.—Pero sí puedes esperar. Espera un poco, Tomy. Te lo suplico.

TOMY.—¿Sabes que no te conocía, Ramonín?

RAMONÍN.—Me lo imagino. ¿Es que alguno de nosotros conocía a los demás?

TOMY.—¿Cómo has podido caer entre esa gente?

RAMONÍN.—¡Pchs! Por curiosidad... *(De pronto, una transición. Se vuelve, airado, hacia Tomy)* Pero después de todo, ¿a ti qué te importa? ¿Quién eres tú? ¿Con qué derecho me vas a juzgar? ¿Es que te crees mejor que los demás? ¿Por qué? ¿Porque te acuestas con la doncella? ¿Es por eso...?

TOMY.—*(Lleno de rabia)* ¡Cállate!

RAMONÍN.—Bueno. ¿Qué vas a decirme? ¿Que la quieres? ¿Que es la mujer de tu vida? ¿Sí? Y, por curiosidad, ¿de qué hablas con ella? ¿De la decadencia de occidente o del sentido revolucionario del cristianismo? Lo digo porque como son esos tus temas favoritos...

TOMY.—¡Cállate!

RAMONÍN.—¡Oh!

TOMY.—Eres malo, Ramonín. Eres muy malo...

(Ramonín, en una transición, hundido, se abandona en el sofá)

RAMONÍN.—No, Tomy. No soy tan malo como tú crees. Es que me tengo que defender. A veces me siento tan solo...

TOMY.—¿Ya ni siquiera crees en Dios?

RAMONÍN.—*(Un silencio)* No lo sé. Me acuerdo de Él cuando estoy asustado, cuando tengo miedo. Entonces, sin saber por qué, me viene a la memoria aquella oración que rezábamos de niños todas las noches al acostarnos. Jesusito, Jesusito. ¿Te acuerdas? Ya sé que eso no es tener fe. Eso es tener miedo. Y el miedo vale tan poco, tan poco... *(En ese momento surge de nuevo Mónica en el vestíbulo. Ramonín, en una transición, habla con angustia, suplicante)* ¡Tomy! ¡Cállate! ¡No digas nada! Hazlo por ellos. Por papá, por mamá, por Maribel. Por la pequeña, que todavía nos cree a todos tan inocentes, tan puros y tan limpios como ella. Hazlo por mí, Tomy. Soy tu hermano. Si hablas, tendré que marcharme de aquí. No sé adónde. Pero me iré muy lejos, muy lejos. No os soportaría. ¡Tomy! ¡Déjalo todo como está! ¿Quieres que te lo pida de rodillas? *(Un silencio. Muy despacio, Mónica, en el vestíbulo, avanza hacia la embocadura del cuarto de estar. Los dos muchachos se vuelven hacia ella y la miran. Se callan los tres. Ramonín se incorpora muy despacio, muy pálido)* ¡Mónica! ¿Estabas ahí?

MÓNICA.—Sí, señorito.

(Ramonín baja la cabeza y, después de una ligera vacilación, se vuelve y escapa, aprisa, por la primera puerta de la derecha. Quedan solos Mónica y Tomy frente a frente)

TOMY.—*(Muy bajo)* ¿Has oído?

MÓNICA.—Sí.

(Tomy, derrotado, se deja caer en un sillón y esconde la cara entre las manos)

TOMY.—No quieren, Mónica, no quieren. La verdad les asusta. No pueden romper el juego. Son cobardes, son inconscientes. Están asustados. Lo único que desean es no enterarse; seguir, seguir adelante. Vivir. Agarrarse como locos a esta estúpida vida...

(Mónica da un paso hacia él. Desgarradoramente desvalida. Y estalla en sollozos)

MÓNICA.—Pero ¡yo te quiero! ¡Tomy! ¡Yo te quiero! ¡Yo te quiero!

(Solloza)

TOMY.—*(Angustiado)* Mónica...

MÓNICA.—Yo te quiero, yo te quiero...

(Un silencio. Tomy habla con la voz velada por las lágrimas)

TOMY.—¡Mónica! Tenemos que esperar. No puedo hacer otra cosa. No puedo hacerlos desgraciados a todos.

MÓNICA.—¡Tomy! Pero yo te quiero...

TOMY.—¡Calla! ¿Lo comprendes...?

MÓNICA.—¡No! No comprendo nada. No os entiendo. Yo te quiero, yo te quiero...

TOMY.—Más adelante, cuando haya pasado un poco de tiempo, muy poco, ¿sabes?... mañana, pasado, otro día, diré toda la verdad. Y nadie podrá nada contra nosotros. Y nos iremos a América con el niño. Y el mundo entero será para ti y para mí.

(Mónica en un susurro)

MÓNICA.—Es que te quiero...

TOMY.—*(Un sollozo)* ¡Mónica!! ¡Cállate! Pero ¿no ves que no puedo más?

(Sale rápidamente por la puerta de la derecha. Mónica, sola, desolada, asustada, corre tras él. Se encuentra con la puerta cerrada y golpea con los puños)

MÓNICA.—¡Tomy! ¡Tomy! ¡Tomy! ¡Espera! ¡Tomy! ¡Escucha! Te quiero, te quiero, te quiero...

(Vencida, sin fuerzas, con el rostro apoyado sobre la puerta, llora durante un tiempo. Poco a poco su llanto se hace imperceptible. Al fin se vuelve. Y entonces, en la puerta de la terraza, aparece Daniel. Los dos se miran largamente)

DANIEL.—*(Muy bajo)* Mónica...

MÓNICA.—Sí, señor...

(Un silencio. En los ojos de Mónica hay un brillo de esperanza)

DANIEL.—No, nada...

(Avanza hasta el primer término. Mónica baja la cabeza y marcha muy despacio. Entra en la terraza. Desaparece. Daniel está solo. Un segundo más tarde, por la izquierda, aparece Rita. Ella y Daniel se miran. Luego ella va hacia él y se refugia en sus brazos)

RITA.—¡Oh, Daniel, Daniel!...

DANIEL.—Calla, calla...

RITA.—No podíamos hacer otra cosa, ¿verdad? Era preciso aparentar que no lo creíamos. Es mejor así...

DANIEL.—Sí. Es mejor así. Tranquilízate.

RITA.—¡Oh!

DANIEL.—La cobardía siempre es humana. ¡Je! Anoche jugaron ellos con nosotros, y ahora nosotros les hemos devuelto el juego. Lo curioso es que anoche nuestros hijos se inventaron unas mentiras que de pronto estallaron porque estaban llenas de verdad. Y ahora nosotros hemos convertido esas verdades otra vez en mentiras. ¡Buen juego de manos! ¡Buena solución para seguir

viviendo! Porque, en realidad, ¿qué hubiera ocurrido si nosotros hubiéramos reaccionado de otro modo? ¡Bah! Gritos, lágrimas, reproches. El escándalo. Y después, esa terrible pregunta que nunca encuentra respuesta. ¿Quién tiene la culpa? No, no. A veces, la verdad es como la barbarie: destroza, pero no sirve para nada...

(Un silencio)

RITA.—¡Daniel!

DANIEL.—¿Qué?

RITA.—(Muy bajo) ¿Es culpa nuestra porque somos así?

DANIEL.—Quizá.

RITA.—¡Oh!

DANIEL.—Pero ¿quién tiene la culpa de que nosotros seamos así? A veces me gustaría saberlo.

(Otro silencio)

RITA.—Ramonín cambiará, ¿no crees? Es un niño todavía. Los jóvenes son imprudentes, alocados, inconscientes. Ignoran el peligro. Pero, de pronto, un día se hacen hombres y reaccionan y todo es diferente...

DANIEL.—¡Claro! Tiene que ser así...

RITA.—¿No sabes? Maribel se quiere casar enseguida.

DANIEL.—¿Quién es él?

RITA.—Casi no lo sé. Uno de esos ingenieros...

DANIEL.—Ya.

RITA.—Naturalmente, para todo lo de la boda, tendremos que ir a París. Estas cosas solo se resuelven bien en París. Allí, entre Balmain y Balenciaga,²³ ¿verdad? Desde luego, la boda tiene que ser algo importante. Tenemos tantos amigos. ¿Qué te parece en la finca? Sería una fiesta encantadora. Maribel parecería una reina. Es tan bonita... (En este momento aparece Mónica bajo el dintel de la entrada de la terraza. Se queda allí, inmóvil. Ni Rita ni Daniel pueden advertir su presencia) ¡Daniel!

DANIEL.—Sí, Rita...

RITA.—Tomy pasa demasiado tiempo en casa, ¿sabes? Deberíamos hacer algo.

DANIEL.—¿Qué podemos hacer?

²³ Balmain, Balenciaga: firmas de alta costura afincadas en París.

(Se quedan los dos callados)

RITA.—No sé. Un viaje, quizá. Él tiene tanta ilusión con los Estados Unidos. Podría continuar allí sus estudios. Otros chicos lo hacen.

DANIEL.—¡Ah!

(Un nuevo silencio)

RITA.—¿Qué te parece?

DANIEL.—*(Pensativo. Casi como para sí mismo)* Sería una solución...

RITA.—Es la única solución. Pero pronto, ¿sabes? Mañana mismo, si fuera posible. De lo demás, ya nos ocuparemos con más calma. Estas cosas siempre tienen un arreglo... *(Ya junto a la puerta)* ¿Vas a salir?

DANIEL.—Sí.

RITA.—¿Me llevas al centro?

DANIEL.—¡Claro!

RITA.—Hoy tengo un día tan complicado...

(Sale por la puerta de la izquierda. Daniel, después de un instante, la sigue. Queda Mónica sola, con los ojos llenos de lágrimas, apoyada en la cristalera. Mira en torno con un infinito desaliento, se siente en todo su inmenso desamparo, solloza, y, de pronto, corre, atraviesa el cuarto de estar, entra en el vestíbulo, abre la puerta de la escalera y sale. La escena queda sola durante unos instante. El piano inicia su melodía. Las luces comienzan a descender)

OSCURO

CUADRO SÉPTIMO

Cuando vuelven las luces, en escena se hallan Daniel y el Comisario.

DANIEL.—Murió tres días después. La arrolló un autobús en una carretera de las afueras... *(Se calla. El Comisario se levanta y marcha muy despacio. Ante la puerta de la terraza se queda mirando al exterior. Daniel, al cabo, se pone de pie. Casi con violencia:)* ¿Quién mató a Mónica, señor comisario? ¿Quién tuvo la culpa?

(El Comisario se vuelve. Con suavidad)

COMISARIO.—¡Señor Sandoval! ¿Todavía no lo ha comprendido? A Mónica la mató el juego. Ese juego que nunca tiene culpables, pero que siempre tiene una víctima...

DANIEL.—Entonces, ¡la he matado yo! Yo, que he creado este mundo donde el juego es como una necesidad... *(Un largo silencio. El Comisario avanza lentamente. Daniel, poco a poco, se rehace)* ¡Señor comisario! No sé por qué le he llamado a usted esta mañana. Si ya ha pasado un año, si ya nada tiene remedio...

COMISARIO.—¡Señor Sandoval! El tiempo no existe. El tiempo es una figura poética. Un recurso de la imaginación para olvidar. Cuando no se olvida, no pasa el tiempo: ni los años, ni los días, ni las horas. Usted no ha olvidado. Vive todavía aquellos momentos. *(Sonríe)* Por eso, hijo mío, me ha llamado usted tantas veces...

(Daniel se vuelve hacia él, atónito)

DANIEL.—¿Qué dice?

COMISARIO.—Vamos, vamos, haga memoria. Durante este último año no ha cesado usted en sus llamadas. ¡Y en qué sitios, Dios mío! En el bar del Palace, en el tiro de pichón, en las carreras de caballos. ¡Je! Recuerdo, ahora, que la primera vez que acudí a su llamada estaba en el vestíbulo de un gran hotel de París. A mí no me gusta París. Pero ¿qué va a hacer uno? Luego fue a bordo de un avión, rumbo a Norteamérica, en viaje de negocios, que también es ocurrencia. La última vez que me llamó usted fue de pronto, mientras presidía un Consejo de Administración. Y eso sí que me sentó mal, la verdad. En ese ambiente no tiene uno nada que hacer. *(Sonríe, muy amable)* Pero no importa. Usted me llama y yo acudo esté donde esté. Usted me llamará muchas veces todavía y yo acudiré siempre. Usted volverá a contarme la misma historia y yo volveré a escucharle con mucho gusto. Es el oficio, hijo...

(Marcha hacia el vestíbulo, muy despacito, como si estuviera un poco cansado. Pero siempre sonriendo)

DANIEL.—Espere.

COMISARIO.—Sí...

DANIEL.—¿Quién es usted, señor comisario?

COMISARIO.—Pero, hijo, ¿todavía no lo sabe? *(En este momento se abre sola la puerta de la escalera. El viejo se vuelve hacia Daniel)* ¡Señor Sandoval! La vida es como una feria inmensa, abrumadora. Un bello carrusell radiante. Adornado con luces de todos los colores: rojas, verdes, blancas, azules, verdes, amarillas. Luces mágicas, luces fascinantes, cegadoras. El carrusel está en movimiento. De noche y de día. Es como un mundo encantado. Un paraíso prodigioso. Pero, de pronto, un día, nadie sabe por qué, la hermosa feria se interrumpe. El gran carrusell se detiene. Se apagan todas las luces. Se hace una noche infinita. Una sombra inmensa que todo lo sume en la oscuridad. Y entonces siempre hay un hombre que tiene miedo y grita, y pide con todas sus fuerzas un policía en medio de las tinieblas. Yo acudo. Nos encontramos a solas, entre tanta oscuridad. Él, a veces, ni siquiera me ve. Pero yo le escucho. De pronto, la feria se anima otra vez esplendorosa, magnífica, bulliciosa, atronadora. El gran carrusell se pone de nuevo en marcha. Las luces se encienden y se oye otra vez la música, la bella música del carrusell...

(Música muy tenue. Es la misma melodía en ritmo vivo y acelerado. Un silencio. Daniel, muy bajo)

DANIEL.—¿Y después?

COMISARIO.—¿Después? Nada. Todo vuelve a empezar... *(El Comisario se marcha)*
Buenos días, señor Sandoval.

DANIEL.—Buenos días.

(El Comisario penetra en el vestíbulo. Pero se detiene, porque en este momento entra Rita en el cuarto de estar por la puerta de la izquierda. Viste una larga bata, como en su primera salida a escena)

RITA.—¡Cariño! ¿No sabes? Tengo una noticia. Una gran noticia. A Rosa Fornell la engaña su marido. ¿Qué te parece? La pobre está desesperada, ya comprenderás. Y con muchísima razón... *(Se sienta en el sofá, junto a su marido. El Comisario sonrío y sale con sus pasitos cortos)* Figúrate tú, amor mío, que el tío se pasaba la vida en Logroño, para despistar. ¡Qué granuja! Porque la queridita esa es de allí, de Logroño precisamente. ¡Ay! ¡Cuánto han cambiado las provincias! Naturalmente, Enrique Cifuentes, que ahora es el amante oficial de la Fornell desde que se separó de la Renovales, está muy molesto. Porque... lo que él dice: no se puede hacer eso con Rosa. Rosa

es una mujer que necesita sostener un verdadero equilibrio espiritual, y a estas alturas, si la engaña su marido, no sé de qué va a ser capaz... *(Se cierra sola la puerta de la escalera y produce un pequeño portazo. Rita vuelve la cabeza)* ¿Qué ha sido eso?

DANIEL.—No sé. El viento quizá...

(Se oye el piano. Y, muy despacito, baja el telón)

FIN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE